

## LOS AÑOS DE APRENDIZAJE DE ZUBIRI

### 1. PRIMEROS ESTUDIOS

El año 1898 estaba llamado a convertirse en una de las fechas más decisivas de la reciente historia de España. El ocaso del que fue inmenso Imperio colonial, después de cuatro siglos de iniciada aquella aventura que cambió la imagen del mundo, tocaba a su fin de un modo nada glorioso. La terrible conmoción que provocó esta pérdida significó un aldabonazo para la dormida conciencia nacional y produjo un viraje en la reflexión, que dará sus frutos en la espléndida generación de escritores y pensadores, cuyo nombre irá unido en el futuro a esa fecha emblemática.

En los últimos días de ese año fatídico veía la luz en San Sebastián (Donostia) quien, andando el tiempo, se convertiría en una de las máximas figuras de la filosofía en España. La habitual precisión y concisión de los curas párrocos españoles hace que en estos casos sea suficiente transcribir el registro de bautismo. Así reza en los datos que nos importan, el de Zubiri:

«En la ciudad de San Sebastián, provincia de Guipúzcoa, Obispado de Vitoria, á cinco de Diciembre de mil ochocientos noventa y ocho, yo el infraescrito Presbítero, Cura propio de la Iglesia parroquial de Santa María la Matriz, bauticé solemnemente á un niño á quien puse por nombre José Francisco Javier. Es hijo legítimo de Dn. Miguel Zubiri, natural de Valcarlos, provincia de Navarra, comerciante y de Dña. Pilar Apalátegui, natural de esta y vecina de la misma, mis feligreses. Nació según declaración del padre, a las tres de la mañana de ayer, en la calle de Hernani, nº 1, piso 3º, derecha. Son sus abuelos paternos Dn. José, natural de Bicarret, y Dña. Andresa Gortari, natural de Artieda, provincia de Navarra; y los maternos Dn. Faustino, natural de Lazcano, y Dña. Escolástica Igarzábal, natural de esta. Fueron padrinos el abuelo paterno representado por el materno y la abuela materna á quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones que el primero y la última contrajeron. Fueron testigos Dn. Fernando Salaverria y Dn. Manuel

Susteta, sirvientes de esta Sacristía, naturales de esta y de Motrico respectivamente, y vecinos de esta Ciudad».

Así pues, en la madrugada del 4 de diciembre de 1898 nació José Francisco Javier Zubiri Apalategui, a quien en familia se llamaría con el primero de sus nombres (Josechu). La memoria de Lovaina en 1921 irá firmada como «Javier Zubiri»; la tesis de Madrid en ese mismo año la firmará como «J. Javier Zubiri Apalategui»; la recensión de *La Edad Media y nosotros* de Landsberg (1925) la firmará como «Javier Zubiri», firma repetida en «Filosofía del ejemplo», del año siguiente. En cambio, el artículo «Crisis de la conciencia moderna», de 1925, será firmado como «J. Javier Zubiri», mientras que la recensión de la *Psicología* de Brentano aparece firmada por «F. J. Zubiri». A partir de 1933 sus escritos aparecen firmados invariablemente como «X(avier) Zubiri» y él prefería que le llamasen simplemente «Xavier». Su onomástica la celebró siempre en la festividad de San Francisco Javier (3 de diciembre), el santo navarro y, por tanto, paisano de sus ancestros por línea paterna: así, su onomástica era también la víspera de su cumpleaños.

Los nombres vascos que recibe Zubiri componen una unidad de significados en los que C. Castro <sup>1</sup>, la que fue su esposa, ha visto la premonición del futuro programa de vida de Zubiri.

«Xavier» no es en su origen un nombre propio, sino que significa «casa nueva», la denominación con la que se conocía el castillo de la familia Jaso en el costado oriental de Navarra. Al ser canonizado san Francisco Javier, se convirtió en onomástico de gran difusión por la enorme popularidad del misionero jesuita y su aventurera vida en Asia rodeada de leyendas; de hecho, el nombre aparece canonizado otras dos veces dentro del santoral católico: en la persona del barnabita napolitano san Francisco Javier y en la persona de la italo-americana santa Francisca Javier Cabrini. Zubiri estaba muy orgullo de llevar entre los apellidos de sus antepasados el de Jaso —también el de Igarzábal, por el que emparentaba lejanamente con los Baroja— y le divertía llamarse «Casanova», según la pícara traducción al italiano que hacía de su nombre. Sin embargo, parece que esta versión tradicional necesita algún matiz; un reciente y eximio historiador del santo navarro lo ve así:

«Que Javier es la forma moderna de la voz vascongada *Echeverría* parece cosa cierta, y su traducción por *casa nueva* ha sido repetidamente reconocida y divulgada a lo largo de este siglo. Una morfología ordenada, seleccionando

1 Cf. C. Castro de Zubiri, *Biografía de Xavier Zubiri* (Málaga, Edinford, 1992) pp. 58-60. Este recurso aparece también en J. M. San Baldomero Úcar, «El significado de la vida y filosofía de Xabier Zubiri (1898-1983)», *Príncipe de Viana* 40 (1999) 705-754.

las formas más antiguas como Exavierre, Escavierre, Exavier, Charier y Xavier, aclararía el paso a su actual forma definitiva. Pero Javier significa más exactamente la *villa nueva*. Primeramente, porque el topónimo pirenaico, corriente de este a oeste... casi siempre designa no una casa suelta, sino villas homologables a las poblaciones, tan abundantes en el diccionario geográfico español, recogidas en la voz *Villanueva*. Y en segundo lugar, porque, con esta misma raíz, *etxea* = villa, se construyeron otras muchas villas navarras»<sup>2</sup>.

De este modo, el literario «Casanova» se convertiría en el más prosaico «Villanueva» o «Vilanova», topónimo muy frecuente y también como apellido con representantes ilustres en la historia.

También «Zubiri» es originalmente un topónimo: «Junto al puente» designa el paso navarro en el valle de Esteribar sobre el río Arga, un lugar de paso obligatorio para los peregrinos del Camino de Santiago que, desde Roncesvalles, se dirigían hacia Puente La Reina. Las crecidas del río Arga obligaron a levantar un airoso puente, que hoy se conserva como orgullo del pueblo que lleva su nombre; allí hubo una hospedería regentada por los benedictinos y un hospital de peregrinos, de los que no quedan restos. El pueblo de Zubiri escogió el nombre del filósofo homónimo para denominar su centro escolar. Sin embargo, desde siglos antes los Zubiri no aparecen en el pueblo del mismo nombre, sino distribuidos más al norte: en Bicarret, de donde parece por su escudo que fueron señores, y también en Valcarlos, localidad limitante con la frontera francesa, de donde procedía el padre de Zubiri.

Por su parte, «Apalategui» significa «balda de una estantería» o simplemente «biblioteca». La casa de Zubiri fue siempre una inmensa biblioteca, en torno a la cual giraba toda la vida; Zubiri vivió siempre rodeado de libros de todo tipo y los libros fueron para él, desde sus años infantiles, una pasión y su verdadero medio natural.

Respecto a su familia, la propia partida de bautismo indica algunos datos que tienen una cierta importancia para entender aspectos de su biografía, aspectos que despistan al investigador con frecuencia. En efecto, los estudios de Zubiri están llenos de «irregularidades», de «dispensas» y de aparentes tratos de favor, lo cual decepciona muchas investigaciones de tipo documental<sup>3</sup>.

2 J. M. Recondo, *San Francisco Javier. Vida y obra* (Madrid, BAC, 1988), p. 5.

3 Debo agradecer a mi querido amigo Germán Marquinez Argote haber puesto desinteresadamente a mi disposición la documentación de sus investigaciones biográficas, recogidas fundamentalmente en el capítulo «El joven Zubiri y la escuela de Lovaina» de su obra *Sobre filosofía española y latinoamericana* (Bogotá, USTA, 1987) pp. 241-301. Mi dependencia de esta obra para la documentación respecto a esta etapa de la biografía de Zubiri es tan alta que me dispense de citarla en cada caso concreto a fin de evitar una pesada reiteración.

El lugar del nacimiento de Zubiri (calle Hernani, de San Sebastián) debe alertar al estudioso. La residencia familiar de los Zubiri en este privilegiado lugar donostiarra estaba encima del negocio familiar: una tienda de ultramarinos selectos, regentada por su padre, que indica inmediatamente la calidad de un muy próspero comerciante. Es de suponer que la familia navarra de los Zubiri, oriunda de la localidad navarra de Valcarlos, a muy poca distancia de la frontera francesa, se enriqueció en transacciones comerciales hasta el punto de poder trasladarse a San Sebastián para adquirir, en una de las mejores zonas de la coqueta ciudad, un negocio seguro y sin riesgos, al mismo tiempo que ponía a la familia en relación con la clase acomodada y tradicional de la capital guipuzcoana. Zubiri tuvo un hermano (Fernando), que llegó a ser alcalde de la ciudad; sin embargo, hay multitud de indicios que permiten asegurar que Xavier fue siempre el preferido de su padre. Probablemente Miguel Zubiri, un hombre de gran talento natural y sin estudios, vio en la deslumbrante carrera de Xavier la realización de un ideal secreto y el propio filósofo gustaba de contar emocionado que su padre leía todos sus escritos, aún sin poder entenderlos, en una prueba de encendido amor paterno.

La familia vasconavarra de los Zubiri Apalategui es, a todas luces, una familia de la floreciente burguesía comercial marcada por un recio tradicionalismo, amante de las costumbres y valores sociales de sus ancestros. Estas familias —sobre todo, las de incorporación reciente— eran extremadamente cuidadosas con las formas externas, lo cual actuaba de hecho como identificación de un *status* social; algo de esto lo heredaría el filósofo y una de sus manifestaciones era su ya mítico cuidado en la presentación personal: aquellos impecables trajes grises, invariables en el cambio de las estaciones (en invierno se añadía el abrigo de lana del mismo tono), una impoluta camisa blanca con corbata de tonos muy discretos, los zapatos negros perfectamente lustrados, el pelo cuidado y siempre bien peinado, ésa es la imagen invariable que conservamos todos los que le conocimos en distintas épocas de su vida. En ese tradicionalismo ocupa un lugar muy destacado un recio catolicismo sin ningún tipo de dudas ni vacilaciones; su transmisora directa suele ser la madre, dentro de la ya tópica estructura «matriarcal» vasca. Con toda seguridad, fue su madre quien enseñó a Zubiri el euskera como lengua materna, y con toda probabilidad fue ella quien orientó los pasos de su primogénito hacia el servicio a la Iglesia. Sin embargo, no debe confundirse ese «tradicionalismo católico» con lo que luego se denominará «nacionalcatolicismo» porque tienen fundamentos totalmente diversos; ello no es obstáculo para que luego ambas cosas llegasen a mezclarse en determinados casos y el propio hermano de Zubiri —alcalde «franquista» de San Sebastián «liberada»— es claro ejemplo de una confusión que de ningún modo debe considerarse extensiva también al filósofo <sup>4</sup>.

4 Cf. mi estudio «Zubiri y su filosofía en la postguerra», *Religión y cultura* 32 (1986) 5-55.

A diferencia de lo que sucede en los medios de la sociedad rural, el tradicionalismo de esta burguesía ciudadana no es algo cerrado sobre sí mismo ni tampoco excluyente. Al contrario, en el cambio de siglo San Sebastián es una ciudad notablemente cosmopolita, no sólo por su proximidad geográfica con la frontera francesa, sino por ser la ciudad por excelencia para el veraneo de la Corte y de importantes personajes de la política y la cultura nacionales. La diferencia quizá resida en que, mientras en otros lugares se buscaba copiar miméticamente los nuevos aires que venían de fuera, en Euskadi se pretendía asimilar esos nuevos aires dentro de las pautas básicas de sus raíces tradicionales. Zubiri, profundamente orgulloso de su patria chica, jamás comulgó con ningún signo de nacionalismo excluyente. Conocía muy bien el euskera y, sin embargo, ni una sola vez utilizó esa lengua como vehículo de expresión literaria; guste o no guste, con razón o sin ella, Zubiri opinaba que el euskera era una lengua que se había quedado en un estadio muy primitivo de desarrollo y, por tanto, no se adaptaba a las necesidades de la ciencia y el pensamiento modernos, de tal modo que recurrir a ella para labores científicas le parecía resultado de una cerrazón mental injustificada y anacrónica. Por otra parte, el fenómeno «abertzale» le resultaba sin más incomprensible y cuando apareció el triste hecho de la violencia armada le producía una irritación primaria que zanjaba la cuestión con una condena sumaria y sin matices, expresión de la insoportable repugnancia moral que experimentaba ante cualquier forma de violencia. Por ello, algún efímero intento de manipular después de muerto el nombre del «vasco» Zubiri en esa dirección sólo puede considerarse como producto de una absoluta *ignorantia elenchi*.

Por otra parte, Zubiri fue un niño extraordinariamente protegido y mimado por sus padres. La conciencia de su muy débil salud (estoy convencido de que esto se fue convirtiendo poco a poco en un «mito», que produjo en Zubiri, durante una gran parte de su vida, una situación respecto a su salud de marcados rasgos hipocondríacos) explica esta protección. Él gustaba de repetir con ingenuidad una anécdota muy significativa. Parece que al nacer el niño presentaba un aspecto muy débil y enclenque; el médico que asistió a su madre —el Dr. Zaragüeta, padre del filósofo Juan Zaragüeta, que tanta influencia tendrá en la vida de Zubiri— dijo a la familia: «Si el niño muere, no lo sientan mucho pues, si vive, va a ser tonto»; Zubiri comentaba jocosamente: «No me considero un genio, pero tampoco soy tonto». Esta supuesta debilidad constitutiva fue argumento repetido una y otra vez por Zubiri para solicitar dispensas y tratos de favor desde el colegio y, dada la desahogada situación económica de su familia, sirvió como pretexto para recibir un trato de niño extremadamente mimado.

Lo anterior lleva a pensar en un niño débil, cuya extraordinaria capacidad intelectual le incita a encerrarse en sus estudios y a una curiosidad intelectual desmedida, que agotaba sus escasas fuerzas físicas. Estos niños tienen

una marcada tendencia a volverse introvertidos y reservados, se integran mal entre los niños de su edad y en su propio entorno, a los que superan en mucho por su precoz desarrollo intelectual. No es nada extraño que tanto sus padres como sus profesores estuviesen vigilantes ante un peligro que acechaba una y otra vez su débil salud y provocaba constantes episodios de enfermedad, episodios mal definidos y difíciles de contrarrestar para la medicina de la época. Fue esa actitud excesivamente reflexiva lo que le granjeó el temprano calificativo de «filósofo», sin que él supiese entonces a ciencia cierta si se trataba de un elogio o de una censura. Así recuerda C. Castro la anécdota que a Zubiri le gustaba contar:

«Debía tener ese día señalado unos diez años y no más. Y era su costumbre no jugar. Así, aquel día, como todos, deambulaba por el parque del Colegio, mientras sus compañeros jugaban. Él mismo recordaba la escena con emoción y con un punto de ironía para mitigar la importancia decisiva que para él tuvo aquel suceso. Lo que no recordaba es en qué estaría pensando él para hallarse tan distraído como se hallaba. Por lo que fuese, no se dio cuenta de la aparición de un profesor, y sí oyó junto a sí, de pronto, una voz desazonante que le decía: “¿Tú qué haces?, ¿el filósofo?”. Ignoraba totalmente el sentido de la palabra ‘filósofo’. Temió el subsiguiente regaño por su no participación en el juego. Al parecer, Xavier se asustó, y empalideció tanto que el profesor, D. Esteban Pinedo, se preocupó, y aquel excelente pedagogo le explicó inmediatamente lo que la palabra significaba, y en qué consistía el ser filósofo. Del desconcierto, pasó el pequeño al contento. Al cabo, profesor y alumno terminaron el recreo en la estupenda biblioteca del Colegio —la primera bien poblada que X[avier] tuvo a su disposición—. D. Esteban fue poniendo en manos del niño unos cuantos libros de filosofía como muestra de lo que era el trabajo filosófico. Sí; ser filósofo debía ser muy buena cosa, tal vez un grato futuro posible. El P. Esteban al cabo puso en manos de X[avier], para que se lo llevara a casa, *El Criterio* de Balmes. Aquel día todo era emocionante. Y también esa clase de emoción era novedad para él»<sup>5</sup>.

Los estudios de Zubiri, como cabe esperar de lo anterior, están llenos de todo tipo de «irregularidades» respecto a la ya de por sí débil organización escolar e incluso legal de aquella época. Sin embargo, Zubiri aprovecha con su magnífico talento esa situación privilegiada hasta el punto de terminar sus estudios con una formación mucho más amplia y mucho más completa que la de sus condiscípulos. No se puede decir, desde luego, que el niño y el joven Zubiri haya pasado especiales privaciones y que no haya dispuesto de todas

5 C. Castro, *Biografía de Xavier Zubiri*, p. 64.

las oportunidades que quiso. Lo que le salvó de una situación de persona engreída fue que siempre supo aprovechar su situación para progresar en su vida intelectual.

Estas peculiares condiciones de su entorno infantil por sí mismas no *demuestran* nada. El resultado de condiciones familiares equiparables podría haber sido un ser abúlico e indolente —de ello hay innumerables ejemplos—, del mismo modo que puede resultar alguien que saca el máximo partido de las buenas oportunidades que se le van presentando. Lo que parece obvio es que la familia de Zubiri puso todo el esmero en llevar a su primogénito a los centros más solventes y fiables para encargárles la decisiva tarea de su educación. En este sentido, la elección del colegio de Santa María, que los Marianistas regentaban en San Sebastián, deja bien claro ese cuidado. Se trataba de un colegio de gran tradición y prestigio, conocido por su gran rigor y en el que, por otra parte, era perceptible una notable influencia de la cultura francesa.

Zubiri cursó allí la enseñanza primaria (1905-1909) y también toda la secundaria (1909-1915); después de diez años en el colegio, se graduó de bachiller el 28 de junio de 1915. Los libros del colegio conservan una minuciosa historia de la trayectoria académica de cada uno de los alumnos y demuestran con claridad el seguimiento ininterrumpido e individualizado a que eran sometidos. Allí se anotaban cuidadosamente desde las faltas de asistencia a las calificaciones semanales de cada uno dentro de un plan de estudios que, dadas las circunstancias de la época, resulta bastante completo y razonable; el plan estaba apoyado, como cabe esperar, en los dos grandes ejes que marcan las humanidades y las ciencias.

Como es de todos conocido, el número de españoles que entonces recibía escolarización era pequeño y, de ese grupo, sólo una pequeña minoría accedía a la enseñanza secundaria. Zubiri comenzó su bachillerato compartiendo el curso con unos treinta condiscípulos, pertenecientes a las clases acomodadas de San Sebastián. Pero la enseñanza secundaria en un colegio tan exigente como el de Santa María significaba un riguroso filtro selectivo en el que muchos se quedaban por el camino; de esos treinta alumnos que comenzaron el bachillerato con Zubiri, sólo once llegaron a aprobar el último curso; a su vez, de esos once sólo seis superaron el examen final y se graduaron de bachilleres dentro de la misma promoción. De esta manera, puede comprenderse que alcanzar el grado de bachiller se viese como un gran éxito que reportaba un reconocimiento social en un medio como el español —el famoso derecho a ser tratado como «Don»— en el cual entonces el analfabetismo alcanzaba proporciones alarmantes.

Con estos presupuestos, las calificaciones concretas obtenidas por cada alumno no tenían excesiva importancia. Las de Zubiri son francamente buenas, aunque no excepcionales; muestran un sostenido progreso en sus estudios y en

conjunto son mejores en las disciplinas humanísticas que en las científicas. No son las mejores calificaciones de su curso y tampoco lo fueron en el último año de bachillerato, en las que le aventaja un alumno llamado Pedro L. Martínez<sup>6</sup>, siendo Zubiri el segundo conforme al orden establecido en el colegio según el conjunto de las calificaciones. De los once alumnos que superaron las materias del último curso, sólo seis superaron luego el examen final; hubo un único sobresaliente y cinco aprobados, entre ellos el de Zubiri; en los casos restantes, hubo tres suspensos y un no presentado.

Llama la atención, en cambio, el elevado número de faltas de asistencia que Zubiri fue acumulando en el colegio, faltas casi siempre justificadas por «enfermedad». Lo cierto es que esa acumulación de faltas no influyó de modo determinante en el rendimiento académico global, lo cual obliga a pensar en la necesidad de un esfuerzo suplementario para superar a esa edad el constante ritmo de las clases.

Pero quizás estos fríos datos no reflejan todo lo que era la labor formadora del colegio. Habría que contar también con actividades extraacadémicas y paraacadémicas, entre las cuales cabe conjeturar una actividad de estimulación conforme a las aptitudes individuales que iba apuntando cada alumno. Es en esta línea donde puede encontrarse el primer indicio —sólo «indicio»— de una inclinación en Zubiri hacia la vida intelectual y, más en concreto, hacia la filosofía. Muchos años después, Zaragüeta, su primer mentor intelectual, contaba con visible orgullo:

«Ligado a la familia Zubiri por vínculos muy estrechos de paisanaje y amistad, le conozco desde su infancia, y sigo la pista de su desarrollo intelectual desde que en el período de Bachillerato, que hubo de cursar en el Colegio de los Marianistas, de San Sebastián, lejos de contentarse con la modesta dosis de formación filosófica propia de tal edad y que bastaba a sus condiscípulos, la ampliaba con exploraciones personales en el rico filón de la *Suma Teológica*, que le era familiar a los dieciséis años»<sup>7</sup>.

6 Como ejemplo, estas son las calificaciones de Zubiri en su último curso: Ética, sobresaliente; Química, notable; Agricultura, sobresaliente; Historia natural, notable; Letras, sobresaliente; Ciencias, aprobado.

7 J. Zaragüeta, «Zubiri, discípulo», en Varios, *Homenaje a Xavier Zubiri* (Madrid, Rev. Alcalá, 1953), pp. 271-272. En una entrevista publicada por el diario madrileño *El Debate* al día siguiente de que Zubiri ganase su cátedra (19 de diciembre de 1926), el propio Zaragüeta menciona el mismo tema de modo menos preciso: «Cuando [Zubiri] cursaba el bachillerato en San Sebastián leyó la *Summa* de santo Tomás y escribió unos apuntes acerca de esta obra. Esto lo hacía un muchacho entre los diez y los quince años» (cit. en G. Marquínez Argote, *Sobre filosofía española y latinoamericana*, cit., p. 261). Estas frases desmedidas de Zaragüeta pueden explicarse por el momento de euforia que significaba palpar el éxito de su discípulo más querido, pero propiciaron



Cabe sospechar en este texto una cierta dosis de exageración debida a la satisfacción que en un profesor de arrolladora humanidad produce la brillante carrera del antiguo discípulo; con ello, ciertamente, no queda decidida la extensión y amplitud de esas «exploraciones personales», ni tampoco el grado de «familiaridad» con la emblemática obra de santo Tomás en una edad tan poco frecuente. Pero otro curioso testimonio del propio Zubiri permite precisar esto:

«Hace muchos años que me ocupaba de este problema [el acto de volición] desde el punto de vista de un teólogo tomista del siglo XVIII, Ch.-R. Billuart. Pusieron su libro en mis manos hace desgraciadamente muchísimos años, cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco<sup>8</sup>, en que describe el proceso de volición punto por punto, en catorce tiempos»<sup>9</sup>.

Sin duda, se trata de la obra del teólogo belga Charles-Renée (Carolus Renuus) Billuart titulada *Summa S. Thomae hodiernis academiorum moribus accommodata sive Cursus Theologiae*, obra publicada originalmente en Lieja (1745-1751), pero reimpressa en múltiples ocasiones y traducida a lenguas modernas, entre ellas el español. Esta obra, hoy olvidada, pudo circular durante más de siglo y medio no por sus grandes méritos de originalidad, sino más bien por su claridad didáctica, y es comprensible que la fuerte influencia francesa de que se nutrían los PP. Marianistas la mantuviera como obra de uso habitual. Es probable, por tanto, que el temprano contacto de Zubiri con el tomismo haya tenido lugar a través de Billuart.

Se presta a múltiples interpretaciones que el punto que entonces interesa a Zubiri sea el análisis —que luego calificará como «bastante artificioso»<sup>10</sup>— hecho por Billuart respecto al proceso de desencadenamiento psicológico del acto volitivo. Pero es un hecho que en su filosofía madura Zubiri vuelve a recoger ese análisis de los momentos de la volición, simplificando los «catorce tiempos»<sup>11</sup> y reduciéndolos a ocho, lo cual sin duda disminuye algo lo «artificioso» del análisis.

la difusión de un mito que rodeó a Zubiri mucho tiempo. Un seguidor de sus cursos en 1934-35 vuelve a recordar el mismo rumor: «Oímos hablar por primera vez de Xavier Zubiri a un compañero suyo del Seminario de Madrid. Lo elogió mucho por su gran talento y, entre otras cosas, nos dijo que había aprendido de memoria o casi de memoria la *Summa Theologica* de santo Tomás de Aquino»: L. Rubio, «Reflexiones sobre la filosofía de Xavier Zubiri», *Revista agustiniana* 34 (1993) 195. El aparente «disparate» puede no ser tan grande como parece; no es inverosímil que el principal libro de texto de sus estudios de teología en el seminario fuese la misma obra de Tomás de Aquino.

8 Como vamos a ver, la fecha exacta es algo anterior, lo más tarde a comienzos de 1914.

9 X. Zubiri, *Sobre el sentimiento y la volición* (Madrid, Alianza, 1992), pp. 59-60.

10 X. Zubiri, *Sobre el sentimiento y la volición*, cit., p. 60.

11 En realidad, son doce, como expone D. Gracia en una nota a *ibid.*

sis, pero no lo evita de raíz. Zubiri hace suyo este análisis al menos en dos lugares distintos, aunque referidos a idéntico tema y sin ninguna variación apreciable<sup>12</sup>. Esos ocho momentos son sucesivamente: estructura pática, alerta, preferencia, expectación, urgencia, arrojo, firmeza y fruición.

Lo que aquí importa, sin embargo, es que la primera exposición que hizo Zubiri de este curioso tema data de sus años de bachillerato y de ello nos queda un claro documento. El Colegio de los Marianistas tenía una revista interna de los alumnos, algo que no es ni era inusual en los colegios de buen nivel, pero cuya importancia no siempre se valora. La importancia no depende, claro está, de las aportaciones originales que contienen los trabajos publicados en esos medios, pero tampoco es eso lo que se pretende. Se trata de una labor formativa que estimula a los alumnos mejor dotados y con más interés para enfrentarse desde edad temprana a la tarea de expresar por escrito algún tema de su interés, lo cual exige un esfuerzo previo de asimilación y recreación propia, amén del esfuerzo adicional de expresarlo por escrito, algo que habitúa a vencer el pánico que en todo aprendizaje suscita el enfrentarse con un papel en blanco y el simple hecho de su publicación, por restringida que ésta fuese, confiere cierta confianza en sí mismo al futuro escritor. La revista de los alumnos del colegio de Santa María llevaba el hermoso título *La Aurora de la Vida* y estaba cuidadosamente editada; asociada probablemente con el mismo colegio, parece que existió otra revista titulada *Ecos del colegio*, que parece ser órgano de expresión de algún tipo de asociación de antiguos alumnos que seguían manteniendo lazos de unión con el centro de su primera formación<sup>13</sup>. Pues bien, en el número correspondiente a abril de 1914 (n. 25) de la primera de estas publicaciones, Zubiri, entonces alumno de quinto curso de bachillerato, publicó un artículo titulado «El proceso de la volición según la doctrina de santo Tomás de Aquino», artículo que ocupa las páginas 3-5 del número y en el que sigue escrupulosamente los doce pasos men-

12 X. Zubiri, *Sobre el hombre* (Madrid, Alianza 1986), pp. 147-148; *Sobre el sentimiento y la volición*, cit., pp. 61-63. El primero de estos textos procede, verosíblemente sin alteraciones, del curso de 1959 «Sobre la persona» y allí no se menciona para nada a Billuart. El segundo, como ya noté, procede del breve curso de 1961 «Sobre la voluntad».

13 En esa revista aparecieron dos breves artículos que hacen referencia a Zubiri. En 1921 aparece un artículo titulado «Nuestros antiguos alumnos. El Dr. D. José Javier Zubiri», firmado por Benigno Pérez. En 1926 aparece otro artículo titulado «José Javier Zubiri Apalategui, un filósofo español», firmado en este caso por Severino Aznar, conocida personalidad en el campo de la sociología y del que Zubiri contará después una curiosa anécdota llamándole «amigo mío» (*Sobre el sentimiento y la volición*, cit., p. 62). Basta observar las fechas para percatarse de que se trata de dos momentos importantes en la vida intelectual de Zubiri y motivo de orgullo para la institución de la cual había sido alumno: 1921 es la fecha de su brillante doctorado en filosofía en la Universidad de Madrid y 1926 es la fecha en que gana por oposición la cátedra de Historia de la Filosofía en la misma Universidad.

cionados por el citado Billuart, que sin ningún género de duda es su fuente directa. No se trata de magnificar este hecho descubriendo en él secretas genialidades ni ocultas predestinaciones; simplemente es el primer ensayo zubiriano que trata un tema filosófico y demuestra, cuando menos, alguna afición desde la adolescencia por este tipo de problemas; quizá tampoco carezca de significación que la fuente de este ensayo «filosófico» sea un libro básicamente «teológico». No deja de resultar curioso que Zubiri haya retenido luego en su obra madura este tema como lo conoció en estos años, aunque posteriormente efectúe sobre él una simplificación de sus pasos; esa curiosidad no disminuye por el hecho de que este tema en el conjunto de su filosofía madura no pasa de un alcance marginal y anecdótico.

Tampoco cabe deducir de este episodio que el interés por la filosofía en estos años sea más que uno entre otros y no hay argumentos para pensar en ninguna decisión definitiva sobre el futuro de su dedicación intelectual. En la misma revista del colegio publicó Zubiri otros dos ensayos. Uno de ellos, en la entrega correspondiente a diciembre de 1913 (n. 21), se titula «La tuberculosis en la clase escolar» y tiene el aliciente de ser el primer escrito publicado por Zubiri; no es difícil entender que un adolescente con constantes problemas de salud muestre preocupación por una enfermedad que entonces producía pavor debido a su extensión y devastadoras consecuencias. En el número de julio de 1914 (n. 27) aparece otra vez el nombre de Zubiri como firma de un artículo titulado «Magia parda», que es la exposición de un curioso juego matemático. Como se ve, todas las colaboraciones de Zubiri en esa revista surgieron cuando era alumno de quinto curso y deben retenerse como un componente más del bagaje intelectual allí recibido.

Ese bagaje de formación adquirida durante la enseñanza secundaria no se debe desorbitar, ni tampoco infravalorar. Su función no es otra que la de aportar un substrato general de conocimientos básicos; pero eran muchos los que se quedaban en ese peldaño, que les habilitaba para ejercer luego profesiones de tipo medio; eran muy pocos, en cambio, los que tenían aptitudes y posibilidades de continuar ese substrato con una formación de nivel superior. En este contexto se puede afirmar que la formación adquirida por Zubiri fue sólida y por encima de la media habitual entonces, con lo que cual dispondrá de una rigurosa base para continuar su formación. Llegados aquí, sin embargo, la trayectoria de Zubiri va a desarrollarse por caminos muy peculiares.

## 2. LOS ESTUDIOS SUPERIORES

Con la conclusión de su bachillerato, Zubiri, al igual que tantos jóvenes, se vio ante la urgencia de tomar una decisión respecto a su futuro. Este hecho, no

por repetido, pierde nada de su crueldad: verse forzado a tomar una opción que será crucial para toda la vida cuando se tiene insuficiente edad y escasas luces para decidir con conocimiento de causa. Esta situación se agrava en el caso de jóvenes que se han movido en un medio familiar muy protector puesto que, en casos como el de Zubiri, suponía también el abandono del entorno familiar, pues entonces no existían en San Sebastián centros de estudios superiores.

Todo ello no ahorra la sorpresa inicial que provoca encontrar al joven Zubiri en Madrid como alumno del Seminario Conciliar. No es mi intención, ni tampoco tema del presente estudio, elucubrar sobre asunto tan vidrioso como una «vocación» sacerdotal y menos todavía en un caso como el de Zubiri, por lo que luego se verá. Lo cierto es que tal decisión puede entenderse como coherente en un joven que había vivido en un ambiente dominado por el catolicismo tradicionalista vasco y que se educa en un colegio religioso; a ello habrá que añadir, sin duda, las inclinaciones personales del propio Zubiri y la tantas veces insinuada influencia de su madre que, como tantas otras madres vascas, pudo ser decisiva en la inclinación de su hijo primogénito hacia el servicio de la Iglesia.

Esto, sin embargo, debió de chocar con el grave inconveniente de los achaques constantes en la salud de Zubiri. El régimen de vida en comunidad, propio de los seminarios conciliares, tenía una férrea disciplina y un volumen de incomodidades que debió de preocupar a los padres de Zubiri. Por lo demás, si Zubiri se decidía por la carrera eclesiástica, lo lógico sería esperar que se incorporase al Seminario de Vitoria, su diócesis natal, pues en aquella época San Sebastián no era sede episcopal; sin embargo, lo encontramos en Madrid, aunque —según parece— como «diocesano» de Vitoria a todos los efectos eclesiásticos.

Es aquí donde comienza el papel decisivo de Zaragüeta, cuya influencia en la vida de Zubiri se ha apuntado muchas veces, pero quizá no se ha calibrado en todo su alcance. Las vidas de Zaragüeta y de Zubiri presentan tal cantidad de paralelismos en hechos importantes que resulta difícil achacarlos a la casualidad. Zaragüeta no sólo fue profesor, mentor intelectual y protector de Zubiri, sino que durante un lapso importante de su vida aparece como un modelo al que seguir e imitar. No es esta una afirmación nada arriesgada si se recuerda que la amistad entre las familias Zaragüeta y Zubiri es anterior a la carrera del propio Zubiri y, por otra parte, en el contexto de la época difícilmente se podría encontrar mejor espejo en que mirarse. Nadie que haya tenido algún conocimiento directo o indirecto de Zaragüeta —para todos era simplemente «don Juan», el típico tratamiento español que conjuga al mismo tiempo el respeto y el afecto— pone en duda que fue siempre un hombre de bien, un pozo inagotable de humanidad, sobre todo en los momentos trágicos y las circunstancias difíciles a las que le tocó hacer frente dentro de las turbulencias que sacudieron la vida intelectual española en la primera mitad del siglo.

Juan Zaragüeta y Bengoechea había nacido el año 1883 en la localidad guipuzcoana de Orio y en el seno de la familia de un modesto profesional liberal. Cursó el bachillerato también en el Colegio de Santa María de los Marianistas de San Sebastián, para seguir luego la carrera eclesiástica en el Seminario Metropolitano de Zaragoza, al mismo tiempo que cursaba la carrera de Derecho en la universidad de la capital aragonesa. En 1905 marchó al Instituto de Filosofía de la Universidad Católica de Lovaina y allí fue alumno de Mercier y de casi toda la primera generación de profesores de Lovaina. Se doctoró en filosofía con una tesis sobre la *Sociología de Gabriel Tarde*, nombre entonces muy conocido y hoy bastante olvidado, pero que también será una referencia reiterada en la obra de Zubiri. Zaragüeta se identificó totalmente con la mentalidad abierta de Mercier, cuyo gran proyecto intelectual divulgó y continuó durante toda su vida<sup>14</sup>; fue el propio Mercier quien lo ordenó sacerdote y le honró con su amistad personal durante toda su vida. De regreso a España, en 1908, Zaragüeta aparece como profesor de Filosofía Superior del Seminario de Madrid.

La actividad docente de Zaragüeta comprendía un recorrido por el conjunto de la filosofía que duraba un trienio y que estaba estructurado con una organización muy similar a la de Lovaina. Rápidamente Zaragüeta fue reconocido en España como el representante por antonomasia de la neoescolástica lovaniense —aunque no es el primer español educado en Lovaina y seguidor de la Escuela—, inspiración a la que seguirá fiel durante su larga vida<sup>15</sup>. La mentalidad receptora y abierta hacia el pensamiento contemporáneo le granjeó a Zaragüeta un puesto dentro de la intelectualidad española y el respeto de los representantes de las corrientes más diversas<sup>16</sup>. Quizá no se ha resaltado suficientemente

14 A lo largo de su obra, Zaragüeta volverá en repetidas ocasiones sobre la figura del futuro cardenal de Malinas. Así, *La Universidad católica de Lovaina* (Barcelona 1910); *El Cardenal Mercier: su vida y su orientación doctrinal (1851-1926)* (Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas 1927); *El concepto católico de la vida según el Cardenal Mercier*, 2.ª ed. (Madrid, Espasa-Calpe 1941; 2 vols.); *La figura y la obra del Cardenal Mercier en su I Centenario* (Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas 1951). También fue miembro de la «Société philosophique de Louvain».

15 Una obra muy representativa de esta actitud fue *Una introducción moderna a la filosofía escolástica* (Universidad de Granada 1946), obra publicada en un ambiente hostil y que muestra la independencia intelectual de su autor.

16 Es significativa a este respecto la anécdota que cuenta A. Álvarez de Linera. Cuando le pidió consejo a Giner de los Ríos respecto a su pretensión de estudiar psicología, éste le dio una tarjeta y le dijo: «Le mando a un joven profesor, que es el más moderno en estas cosas»; aquel joven recibió una sorpresa mayúscula cuando, al leer la tarjeta, vio que el gran maestro institucionista lo enviaba a un profesor del Seminario de Madrid; cf. A. Álvarez de Linera, «En la jubilación de don Juan Zaragüeta. Su vida, sus obras, su concepción filosófica», *Revista de Filosofía* 12 (1953) 177-189.

que fue Zaragüeta quien con su espíritu abierto rompió la tradicional incomunicación existente en España entre los representantes del pensamiento tradicional—casi siempre de inspiración tomista— y los defensores de líneas más modernas, llámense krausistas, neokantianos o raciovitalistas. Aunque esta mentalidad contó con algunos partidarios, fue duramente contestada por los círculos del tomismo «monolítico»<sup>17</sup>, como había sucedido también con la gran obra del cardenal Mercier. La aportación filosófica de Zaragüeta es susceptible de distintas valoraciones, sin que sea el menor escollo para un juicio equilibrado las escasas dotes de escritor de su autor<sup>18</sup>; lo que está fuera de duda es su importante labor moderadora y apaciguadora de tensiones en los momentos de máximo enquistamiento por los que pasó la vida intelectual de este siglo<sup>19</sup>. Zaragüeta desempeñó puestos de gran responsabilidad; en todos ellos nunca se acordó de sus intereses personales y siempre adoptó una auténtica actitud de servicio hasta convertirse en la figura conciliadora a la cual todos recurrían en caso de conflicto. En 1920 ingresaba en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la que luego sería secretario perpetuo; desde 1917 ocupó la cátedra de Religión y Moral en la Escuela Superior de Estudios de Magisterio, un típico centro de inspiración institucionista; desde 1931 desempeñó la cátedra de Psicología y Pedagogía de la Universidad de Madrid y se encargó posteriormente de la cátedra de Metafísica por ausencia de Ortega; su etapa como director del «Instituto de Filosofía Luis Vives» en el marco del Consejo Superior de Investigaciones Científicas consiguió en momentos muy difíciles reconducir la importante institución hacia una aceptable «normalidad», después de la etapa de rígido tomismo que en la inmediata postguerra le imprimieron sus sucesivos directores, los dominicos M. Barbado Viejo y S. M. Ramírez. Cuando en 1948 se fundó la Sociedad Española de Filosofía—con todas sus limitaciones, la primera asociación estrictamente filosófica existente en España— Zaragüeta fue elegido presidente. Decisiva fue también su labor en la provisión de importantes y significativas cátedras, como serán la del propio Zubiri o la que muchos años después ocupará Aranguren. De este modo, si la producción filosófica de Zaragüeta es susceptible de valoraciones distintas e incluso encontradas, es imprescindible la recuperación de su personalidad pública si se

17 Véase E. Rivera, «La evolución del pensamiento eclesiástico en España (1939-1975)», en A. Heredia Soriano (ed.), *Actas del I Seminario de Historia de la Filosofía Española* (Universidad de Salamanca 1978), pp. 275-291.

18 Cf. el esbozo de A. Cruz Alberich, «La tarea filosófica del profesor Zaragüeta», en A. Heredia Soriano (ed.), *Actas del III Seminario de Historia de la Filosofía Española* (Universidad de Salamanca 1983), pp. 385-391.

19 Es este aspecto, más que los contenidos de su pensamiento, el que justificaría su inclusión entre los que comparten el espíritu de la llamada «escuela de Madrid». Allí lo incluyen J. L. Abeillán - T. Mallo, *La Escuela de Madrid. Un ensayo de Filosofía* (Asamblea de Madrid 1991), pp. 147-148.

quiere entender la complicada historia institucional de la filosofía en España <sup>20</sup>, sobre todo en el período que va entre la postguerra y la década de los sesenta.

Estos someros datos permiten comprender mejor algunos hechos. Si encontramos a Zubiri en Madrid siguiendo la carrera eclesiástica en un centro distante de su ciudad natal, ello se debe a que busca estar cerca de Zaragüeta, ante todo para seguir con él los estudios de filosofía. Ello significaba también la desaparición de todos los temores de la familia al contar con la confianza de un prestigioso profesor que pudiese guiar con seguridad los pasos del joven estudiante en medio de las dificultades de todo tipo con que pudiese encontrarse. También así resulta más fácil explicar algunas «anormalidades» de los estudios de Zubiri.

La ya aludida «anormalidad» de matricularse precisamente en el Seminario de Madrid no tiene especial relevancia. El deseo de estudiar con un profesor prestigioso podría ser argumento suficiente, aunque los obispos preferían que los seminaristas se integrasen en sus propios centros para que se fuesen familiarizando con los problemas específicos de su medio y, al mismo tiempo, fuesen conociendo a sus condiocesanos. Fuera del interés en estudiar con Zaragüeta, el traslado a Madrid resultaría difícil de entender. En esa época la altura intelectual de los centros de formación eclesiástica era escasa, hay una descontrolada inflación de títulos en Teología y Derecho canónico hasta el extremo de producir un descrédito global en torno a esas titulaciones, al que una década más tarde pondrá coto la constitución *Deus scientiarum Dominus* (24 de mayo de 1931) de Pío XI. Incluso en este limitado contexto, el Seminario de Madrid no era un centro de especial prestigio intelectual.

Más significativo es que Zubiri aparezca como alumno «externo» y que haya residido en una pensión durante todos sus estudios. Esta pensión estaba situada en la calle de los Madrazo, en el corazón de Madrid, y su único mérito residía en estar regentada por una vasca; Zubiri guardaba muy mal recuerdo de ello por su situación en una zona tremendamente ruidosa y tampoco su patrona era un dechado de consideración y preocupación por los huéspedes. Esto significaba una débil integración en la vida de comunidad y en aspectos que se consideraban importantes en la formación de un futuro sacerdote. La razón que, al parecer, decidió en este punto fue la consabida debilidad de la salud de Zubiri y cabe suponer también que los buenos oficios de Zaragüeta resultaron importantes. Esto explica que, hasta donde yo sé, carezcamos de testimonios fehacientes

20 No se hace justicia a estos hechos, si se reduce el nombre de Zaragüeta a uno más dentro de una lista de cultivadores de estudios filosóficos, como aparece en E. Díaz, *Notas para una historia del pensamiento español actual (1936-1973)* (Madrid, Edicusa, 1974). También deja fuera este importante aspecto A. López Quintás, *Filosofía española contemporánea* (Madrid, BAC, 1970), pp. 186-196.

respecto a este momento y algunos que fueron sus condiscípulos —parece que más «condiscípulos» que «compañeros»— sólo conservaban un recuerdo vago y distante de una persona que veían muy por encima de ellos, tanto en dotes intelectuales como en recursos económicos. Es comprensible que sus condiscípulos hayan visto a Zubiri como un privilegiado que gozaba de una libertad de movimientos inusual en un centro de formación eclesiástica.

Sin embargo, esta situación permitió y favoreció que Zubiri desarrollase una formación intelectual muy superior a la estrictamente exigida en el *currículum* académico, formación con una fuerte dosis de autodidactismo, aunque quepa suponer que supervisada en amplia medida por Zaragüeta. Se han perdido todos los documentos oficiales de los estudios de Zubiri en este momento porque los archivos del Seminario de Madrid desaparecieron durante la guerra civil cuando el edificio fue convertido en hospital, pero esta pérdida no es muy importante en nuestro tema, aunque quizá nos priva de alguna curiosidad. Todos los indicios apuntan a que Zubiri realizó unos estudios excepcionales, que esos estudios fueron el centro absorbente de sus preocupaciones por estos años y los conocimientos adquiridos superaron con mucho lo que en su medio era habitual.

Basta reparar en la cronología para percatarse de que Zubiri compaginó al mismo tiempo sus estudios de filosofía y teología; carece de todo relieve saber si ello se debía al normal plan de estudios o si, por el contrario, era producto de una adaptación del plan a sus peculiaridades individuales. De los estudios teológicos cabe asegurar al menos que despertaron en él profundo interés, interés que le acompañará durante toda su vida, como el propio Zubiri confesará muchos años más tarde al ver en la Teología «una de las fibras más íntimas de su realidad personal»<sup>21</sup>. La teología que estudió Zubiri fue, como cabe suponer, teología escolástica y, de modo más concreto, teología básicamente tomista con una iniciación en el hebreo y el pensamiento bíblico que debió de significar su primer contacto con una mentalidad oriental. El nivel de formación en este punto debió de ser muy alto puesto que Zubiri se sintió preparado para afrontar todos los retos de un doctorado en Teología sin necesidad de estudios ulteriores.

Pero lo que aquí nos interesa son sus estudios filosóficos, que constituyeron su pasión intelectual, si bien Zubiri nunca concibió la filosofía como un territorio aislado o cerrado dentro del conjunto del saber. En el siguiente pasaje aparece con nitidez el tipo de formación que Zubiri siguió:

«Zubiri asistió a mis clases durante tres años, lo que significa que hubo de recorrer el ciclo completo de temas filosóficos que yo desarrollaba en ese período. Pues bien: Zubiri no se contentaba con seguir mis enseñanzas, sino

21 «Reflexiones teológicas sobre la Eucaristía», *Estudios eclesiásticos* 56 (1981) 39.



que las tradujo en unos 'apuntes' que venían a ser verdaderos libros, que no sólo recogían puntual y ordenadamente las lecciones del maestro, sino que las ampliaba y complementaba por cuenta del 'discípulo'. Tales 'apuntes', trasladados a máquina en sendos volúmenes de los cursos en cuestión, fueron desbaratados al comienzo de la guerra, en la que mi casa... hubo de ser víctima del furor de destrucción y saqueo de todos conocido. Al regresar a Madrid, en abril de 1939, mi mayor dolor fue comprobar la desaparición, con mis libros, de tales 'apuntes', que encerraban lo substancial de mi pensamiento filosófico, mejorado por el 'discípulo'. En las pesquisas de recuperación, que presto inicié, tuve la fortuna de encontrar bien pronto parte de mis libros en un 'Ateneo libertario', pero ello no me consolaba de la pérdida de los 'apuntes'. ¡Cuál no fue mi sorpresa y mi gozo al descubrirlos entre los mismos libros, ellos que en mi casa estaban separados de la biblioteca, metidos en un archivador metálico, juntamente con mis manuscritos, todos desaparecidos en el saqueo! Indudablemente, sus autores no eran cualesquiera del vulgo revolucionario, y aún me queda la curiosidad de saber quién dirigió aquel 'saqueo de selección'. Casi estoy por estarle agradecido, pese a su mala intención de apropiarse de lo ajeno, ya que en cuanto la tuvo de guardarlo me ha valido la conservación de tales páginas, de una síntesis filosófica con plena madurez de redacción, en la que no faltan sinopsis manuscritas del mismo Zubiri, aparte de las ampliaciones con que venía a resumir sus propias lecturas de los primates de la filosofía tocante a los temas tratados en clase»<sup>22</sup>.

Es comprensible el contenido orgullo que transmiten éste y otros pasajes de Zaragüeta respecto a Zubiri. Éste no fue un «alumno» más, sino un verdadero «discípulo» e incluso el discípulo ideal que no sólo asimila las lecciones recibidas, sino que las reelabora y completa con su trabajo personal para, al final, superar a su maestro, lo cual significa la ambición secreta de todo auténtico «maestro» y, sin duda, Zaragüeta lo fue para Zubiri. El procedimiento que está detrás del pasaje citado es muy instructivo. Zubiri asistía con regularidad a las clases de Zaragüeta y tomaba notas de sus lecciones, lo cual parece indicar también que la enseñanza de Zaragüeta no se limitaba a seguir o comentar algún libro de texto, sino que sus lecciones eran fruto de una elaboración personal, actitud aún más encomiable porque en sus clases recorría un programa completo de filosofía. Con las notas tomadas, Zubiri las reelaboraba por su cuenta, completándolas con otras lecturas cuando el tema o las circunstancias lo requerían. Finalmente, quedaba aún el trabajo de su posterior transcripción mecanográfica, lo cual exigía un esfuerzo complementario porque Zubiri nunca fue un buen mecanógrafo, al mismo tiempo que exigía disponer de un instrumento poco usual entre los estudiantes de entonces como una máquina de escribir.

22 J. Zaragüeta, «Zubiri, discípulo», pp. 272-273.

A cualquiera se le alcanza que el grado de asimilación que propiciaba y exigía este peculiar método de estudio iba mucho más allá de un simple aprendizaje más o menos repetitivo.

La importancia que van a tener los ya célebres 'apuntes' de Zubiri es difícil de exagerar. Al parecer, Zubiri hizo dos copias, una de las cuales se la reservó y la otra, como relata el texto aducido, se la entregó a Zaragüeta. Era lógica la preocupación de Zaragüeta por esos apuntes ya que, además de recoger «lo substancial» de su pensamiento filosófico, presentaban una primera elaboración sistemática y con la comodidad de una copia mecanografiada. La recuperación de los apuntes sirvió a Zaragüeta como primera base para las sucesivas exposiciones que el autor hará del conjunto de su pensamiento filosófico<sup>23</sup>; estas obras permanecen hoy sumidas en un olvido total y no va resultar fácil su rehabilitación, dadas las escasas cualidades literarias y expositivas de su autor, unido todo ello a la imagen de una época totalmente superada, aunque paradójicamente hayan sido personas como Zaragüeta las que más ayudaron a alumbrar la época que en buena medida enterrará en el olvido su propia obra.

Por lo que toca a Zubiri, esos apuntes se conservaron siempre en su biblioteca cuidadosamente encuadernados y ordenados. Se trata de seis volúmenes mecanografiados, cuya disposición sistemática<sup>24</sup> es la siguiente:

*Sistema de Filosofía general.* Un volumen de 324 páginas (24 x 17), mecanografiadas a doble espacio. Encuadernado en cartón, con lomo de piel, en el que está grabado como título: «Sistema de Filosofía general, I. Metodología».

*Sistema de Filosofía general.* Un volumen de 370 páginas (24 x 17), mecanografiadas a doble espacio. Encuadernado en cartón, con lomo de piel, en el que está grabado como título: «Sistema de Filosofía general, II. Crítica y Metafísica». En la última página se lee: «Madrid, 1917-1918».

*Filosofía superior. Cosmología. Resumen de las lecciones dadas en el Seminario Conciliar de Madrid, 1917.* Un volumen de 499 páginas (20 x 25), mecanografiadas a doble espacio. Encuadernado en cartón, con lomo de piel, en el que está grabado como título: «Curso superior, I. Cosmología». En la última página aparece como colofón: «Fin de la Cosmología. A. M. D. G.».

23 Son tres las exposiciones fundamentales. La primera aparece como segunda parte de *Fundamentos de filosofía* (Madrid, Espasa-Calpe, 1943), cuya primera parte la constituyen las célebres lecciones de M. García Morente el año 1937 en la universidad argentina de Tucumán. Otra sistematización muy voluminosa es *Filosofía y vida* (Madrid, CSIC, 1950-1954), 3 vols. La tercera y definitiva lleva por título *Curso de filosofía* (Madrid, Gredos 1968), 3 vols.

24 Puede verse una descripción detallada en G. Marquinez Argote, *Sobre filosofía española y latinoamericana*, cit., pp. 249-250.

*Sistema de Psicología. I: Psicología empírica. II: Psicología pura.* Un volumen de 271 páginas (20 x 25), mecanografiadas a doble espacio; la última página está manuscrita. Encuadernado en cartón, con lomo de piel, en el que está grabado como título: «Sistema de Psicología, I».

*Filosofía Moral.* Un volumen de 441 páginas (20 x 25), mecanografiadas a doble espacio. Encuadernado en cartón, con lomo de piel, en el que está grabado el título. El colofón reza: «Fin de la Ética».

*Historia general de la Filosofía.* Un volumen de 431 páginas (20 x 25), mecanografiadas a doble espacio. Encuadernado en cartón, con lomo de piel, en el que está grabado como título: «Historia de la Filosofía». El colofón dice: «Fin de la Historia de la Filosofía».

Estos seis volúmenes, que, aun contando con los hoy inusuales formatos, sobrepasan las dos mil páginas, configuran un tratado muy completo de filosofía. El orden sistemático y de estudio debió parecerse bastante al que hemos utilizado para catalogarlos. Pero Zubiri siguió también, probablemente como alumno «oyente», el curso que Zaragüeta desarrollaba en la Escuela Superior de Estudios de Magisterio, del que también existen los correspondientes «apuntes»:

*Ética y religión. Resumen de las lecciones dadas en la Escuela de estudios superiores del Magisterio, 1917-1918.* Un volumen de 374 páginas, mecanografiadas a doble espacio. Encuadernado en cartón, con lomo de piel, en el que está grabado como título: «Ética y religión». El colofón reza simplemente: «Fin».

El mayor interés de estos apuntes reside en que se trata de un testimonio fidedigno y completo de la primera formación filosófica de Zubiri, algo que siempre permanecerá como primer substrato de referencia en la vida del filósofo. En edad muy temprana, Zubiri reelabora una síntesis completa de la filosofía neoescolástica, que desde entonces se convierte en un elemento permanente con el que cuenta en su pensamiento y que, dada su asimilación a través de toda una reelaboración personal, no necesitará ser revisada en adelante, si no es en puntos concretos. El hecho de haber seguido todo el programa con un solo profesor puede significar la limitación de encontrar lagunas en los tratamientos de determinados temas para los cuales una persona no tiene especial sensibilidad. Esta posible limitación, sin embargo, queda compensada por una ventaja definitiva, que no siempre es objeto de valoración adecuada. Obsérvese la reiteración con que aparece el título «Sistema» y se comprenderá inmediatamente que la formación filosófica de Zubiri no es resultado de la yuxtaposición de conocimientos heterogéneos más o menos relacionados, sino que se trata de una integración sistemática en la que el conjunto muestra una identidad definida.

Piénsese lo que se quiera de lo que deba ser la filosofía, *desde el punto de vista formativo* las visiones sistemáticas tienen la impagable ventaja de que

cada uno de los problemas tratados, además de su relieve propio, muestra su lugar en el conjunto y adquiere su auténtica significación dentro de ese conjunto articulado. Esto sigue teniendo una gran eficacia orientadora también en el caso de que luego el discípulo abandone el sistema en que fue educado y no pierde su valor educativo incluso si se termina pensando que la época de los «sistemas» en filosofía ya pertenece a un pasado obsoleto. Por lo demás, la mente de Zubiri, no muy partidaria dentro de la filosofía del «sistema» en el sentido fuerte del término, es una mente profundamente «sistemática» y la propia noción de «sistema» es esencial en su concepción de la realidad. Por ello, vale la pena clarificar algo este punto.

Hoy existe una difundida tendencia a asociar el término «sistema» con una concepción dogmática de la filosofía, con la idea de un orgulloso saber que se quiere completo, autosuficiente y cerrado sobre sí mismo. Si a ello se le añade el calificativo «neoescolástico», resulta casi imposible separar este término de la idea de algo monolítico e impuesto desde fuera en nombre de un irracional principio de autoridad, que reduce a la nada cualquier libertad de pensamiento. Sin embargo, a la espera de tratamientos más detallados, resulta urgente revisar este tópico.

Lo que con el nombre de «sistema» defendía Zaragüeta es la constitutiva coordinación interna de los problemas y soluciones filosóficas, coordinación en la que los distintos problemas se reforzaban mutuamente y las distintas soluciones aparecían dentro de una línea de coherencia intelectual. Ello sólo está en oposición con un pensamiento abiertamente antisistemático, configurado por pensamientos totalmente fragmentarios. El modo en que Zaragüeta entendía la neoescolástica, siguiendo la tradición de Lovaina, significaba una filosofía creadora y abierta, atenta a los resultados de las ciencias y a las aportaciones de otras filosofías; en ello, los grandes maestros escolásticos no significaban la imposición de unas determinadas tesis a mantener contra viento y marea por un extrínseco principio de autoridad, sino una actitud mental desde la que hacer frente a los problemas del propio tiempo<sup>25</sup>. Esto no significa que se diluya todo en una inspiración vaga, pues tal neoescolástica tenía unas perfectas señas de identidad en dos puntos claves: una posición gnoseológica antiidealista que

25 Así, estas afirmaciones de Zaragüeta respecto a la neoescolástica: No puede ser «una exhumación de la escolástica antigua tal como la entendieron los antiguos»; debe «ponerse en contacto con todos los sistemas y sacar el mejor partido de todos ellos»; «para hoy es preferible hablar en lengua vernácula, si queremos hablar a nuestros contemporáneos»; «el léxico escolástico no se ajusta a las necesidades de la época actual»; «todo conocimiento filosófico presupone una sólida formación científica». Todos los pasajes anteriores (cit. por G. Marquinez Argote, *Sobre filosofía española y latinoamericana*, cit., p. 251) proceden del capítulo «El Neo-escolasticismo», en los citados apuntes de *Historia general de la Filosofía*, pp. 412-420.

defiende que nuestro conocimiento lo es de una realidad que trasciende el acto de conocimiento, y también la defensa de realidades no sensibles que son el objeto de la metafísica. Sin duda, este ambiente estimuló el espíritu de independencia intelectual de Zubiri, capacitándolo para dejar de lado la propia neoescolástica, si ello fuese necesario. Esto colocaba en el centro del debate la disciplina comúnmente llamada «Crítica», un aspecto muy discutido porque precisamente esa centralidad significaba asumir de alguna manera un elemento típicamente «moderno», algo a lo que se resistían los escolásticos más recalcitrantes. Así se comprende con facilidad que existan indicios de que Zubiri manejó y consultó el segundo volumen de aquellos apuntes (*Sistema de Filosofía General, II: Crítica y Metafísica*) en distintos momentos de su vida posterior; el hecho de que a la muerte de Zubiri en 1983 ese volumen se encontrase sobre su mesa de trabajo con síntomas de manejo reciente puede disparar especulaciones en relación con la última publicación de *Inteligencia sentiente*, pero quizá no haya argumentos para pensar en otra cosa que una ordenación de los distintos problemas y tal vez una documentación inmediata para fundar algunas referencias que en Zubiri suelen aparecer de modo vago con expresiones como «la filosofía clásica...».

El rasgo más específico de la Escuela de Lovaina fue su insistencia en la necesidad de una sólida formación científica para el filósofo, al menos como exigencia programática. Otra cosa sería analizar hasta qué punto tal exigencia era realizada y canalizada de modo satisfactorio, pero al menos se prestaba cuidadosa atención desde el principio a ciencias recientes, tradicionalmente conectadas con los problemas filosóficos más tradicionales, como es el paso de la Psicología. Como es sabido, pocos filósofos de cualquier tendencia se han tomado tan en serio esta exigencia como lo hará Zubiri.

A la vista de todo este trabajo, no parece que la crónica mala salud de Zubiri le haya supuesto especiales problemas durante estos años. Además, a lo anterior habría que añadir que debe ser por esta época cuando perfeccionó sus conocimientos de latín y también de las lenguas modernas en las que, al conocimiento del francés adquirido en el Colegio, debe añadirse la conquista de un nivel alto en alemán y un nivel suficiente (al menos para la traducción y comprensión) en inglés. En todo caso, Zubiri no se verá luego coartado por la dificultad, tan frecuente en la formación de los españoles, que significa no tener acceso a los instrumentos que necesita un trabajo intelectual serio.

Esta apreciable formación filosófica parece concluida en 1918. Debió ser esa sólida base la que, fuera de todo programa de estudios, permitió a Zubiri entrar en contacto con Ortega y Gasset, acreditado ya entonces como la figura más importante de la filosofía en España. ¿Fue el propio Zaragüeta quien le incitó a ese contacto? ¿Fue una iniciativa de Zubiri, apoyada y estimulada por

Zaragüeta? ¿Actuó aquí Zaragüeta también como intermediario? Todo lo que sabemos de ello es una referencia escueta posterior del propio Zubiri:

«Hace veinticinco años que inició Ortega su actuación docente en la Universidad de Madrid. Hace diez y ocho que lo conocí, allá en una tarde de enero, al comenzar su primera lección de *Metafísica* del curso (que una epidemia gripal había retrasado hasta entonces) en un aula sombría y casi desierta de la calle de los Reyes. Aún recuerdo sus palabras: “Vamos a contemplar, señores, una lucha gigantesca entre dos titanes del pensamiento humano: entre Kant, el hombre moderno, y Aristóteles, el hombre antiguo”. Desde entonces, la vida intelectual de Ortega no ha sido sino el decurso, dentro de su mente, de esa gigantomaquia que imperceptiblemente se iniciaba en Europa»<sup>26</sup>.

Las referencias de Zubiri son claras. Se trata de enero de 1919, fecha del comienzo de un curso que se había retrasado por la terrible epidemia de gripe del año anterior, la mítica «gripe española» que, por cierto, Zubiri también padeció. Aún si se descuenta la solemnidad propia de un texto como el anterior escrito para un homenaje, es perceptible la fuerte impresión que Ortega causó en Zubiri. No es extraño; la brillantez, la capacidad de dramatización del pensamiento que en grado eminente poseía Ortega significaban una antítesis —también un complemento— de la personalidad metódica y algo árida de Zaragüeta.

Desconocemos los temas tocados por Ortega en su curso de 1919, en todo caso un curso abreviado, como exigían las referidas circunstancias. Ni por las referencias posteriores de Zubiri ni tampoco por la trayectoria de Ortega, resulta verosímil pensar que ese curso fuese una exposición sistemática —al menos, hasta dónde cabe en un caso como el de Ortega— de su propia filosofía, filosofía que en esos años sólo poseía dentro de unos rasgos muy generales. Por ello, es muy verosímil que la faceta que dominó en ese primer encuentro fuese esa que luego Zubiri definió en Ortega como «resonador»:

«Mientras se luchaba, algunos nos asomábamos a la lucha. Y recibimos de Ortega, unos, el primer entusiasmo filosófico; otros, el impulso hacia determinadas rutas del filosofar. España entera sintió en diversa medida y en vario modo los efectos indiscutibles de su magisterio. Para muchos, en efecto, Ortega fue durante unos cuantos lustros el resonador que ha dejado oír en España la voz de todas las inteligencias fecundas de Europa. España debe a Ortega, en primer término, la incorporación viviente de lo más noble y exquisitamente intelectual que se ha producido durante este tiempo fuera de la Península. Y a su aula acudieron muchos, ávidos de ponerse al día»<sup>27</sup>.

26 «Ortega, un maestro de filosofía», en el diario *El Sol*, 8 de marzo de 1936, p. 8.

27 *Ibid.*

Es muy aventurado retrotraer a ese primer encuentro lo que Zubiri sistematiza casi veinte años después como fruto integral de una larga experiencia de contactos. Es destacable, en cambio, que en ningún momento Zubiri muestra ningún indicio de haberse convertido en seguidor fiel del pensamiento orteguiano. Por otra parte, es muy probable que ese primer contacto se haya prolongado fuera del aula con algunas conversaciones privadas, cosa muy frecuente en Ortega, facilitada también por el escasísimo número de alumnos con que contaban sus cursos. No parece que fuese Zubiri de los que recibieron de Ortega «el primer entusiasmo filosófico», salvo que esto se quiera entender como una figura meramente retórica. ¿Acaso recibió entonces de él «el impulso hacia determinadas rutas del filosofar»? La conclusión del «prólogo» de su tesis doctoral, dos años después, parecería apoyar esto:

«No me resta sino testimoniar mi gratitud a mi ilustre profesor don José Ortega y Gasset, introductor en España de la Fenomenología de Husserl, que ha tenido a bien presentar esta tesis a la Universidad Central, y a cuya labor docente<sup>28</sup> obedece mi iniciación en esta clase de investigaciones filosóficas»<sup>29</sup>.

Como referencia al tipo de contacto de Zubiri con Ortega en 1919, este pasaje no me parece definitivo; hay en él mucho de protocolo académico y la historia de la elaboración de la tesis doctoral de Zubiri es un tanto peculiar. En todo caso, fue el espíritu abierto e independiente, transmitido por Zaragüeta, el que abrió a Zubiri otros horizontes intelectuales. No sabemos si en el curso de 1919 Ortega convocó también a la fenomenología dentro de aquella gigantomaquia entre Kant y Aristóteles; los datos que hoy tenemos permiten pensar que eso fue posible, pues entonces Ortega había asimilado la fenomenología de Husserl como un factor con el que contar dentro de la construcción de su pensamiento. Pero igualmente exacto es que, si tal referencia tuvo lugar, ello no significaba para Zubiri el descubrimiento de algo inédito, aunque pudo llevarlo a pensar en Husserl como una especie de desembocadura común dentro del pensamiento actual, asumible tanto desde una neoescolástica abierta como desde un pensamiento de máxima actualidad.

Lo que resulta poco verosímil es retrotraer a ese momento los otros aspectos del magisterio de Ortega resaltados por Zubiri (las funciones «propulsora», «sensibilizadora» y de «generación intelectual»), pues ese primer contacto resultó breve, sin ningún tipo de formalidades ni exigencias académicas, y Zubiri siguió inmediatamente el camino al que le predisponía su formación.

<sup>28</sup> El original manuscrito de 1921 dice, probablemente con más exactitud: «a cuyas sugerencias».

<sup>29</sup> X. Zubiri, *Primeros escritos (1921-1926)* (Madrid, Alianza, 1999), p. 71.

### 3. LOS GRADOS ACADÉMICOS

La formación hasta ahora recibida necesitaba el coronamiento de los imprescindibles grados académicos; Zubiri inicia con ello la etapa final y definitiva de sus estudios. Con el bagaje adquirido, Zubiri opta por salir a una prestigiosa universidad extranjera con el propósito, no sólo de alcanzar unos determinados grados oficiales, sino de completar y ampliar sus estudios. Ello significó por primera vez en su vida romper con su medio protector y lanzarse a lo desconocido con todo el ímpetu y la ilusión de un joven de veintiún años, ímpetu e ilusión que Zubiri conservará durante mucho tiempo.

Sin abandonar su interés por la Teología, Zubiri se va a centrar en la Filosofía. Que elija para ello la Universidad Católica de Lovaina es algo que no necesita ninguna otra explicación —probablemente tampoco hay ninguna otra— que el seguimiento del modelo intelectual que para él encarnaba Zaragüeta. Como éste le había instruido en el espíritu de Lovaina y Zubiri parece haberse apropiado, la estancia en la capital de Bravante no debió de significar ninguna ruptura, sino más bien la continuación natural de su formación primera. Pero fue también la ocasión de tener que enfrentarse con las primeras dificultades y con algunas privaciones.

El gran desastre de la primera guerra mundial dejó a Europa sumida en un mar de calamidades. España, dada su neutralidad y su situación geográfica, no fue afectada de modo directo por la destrucción bélica. En cambio, Bélgica, a pesar de su teórica neutralidad, no pudo evitar sufrir las consecuencias de la escasez de recursos e incluso de alimentos. Zubiri contaba la tremenda impresión que le produjo su llegada a Lovaina en una madrugada a comienzos de febrero de 1920; la llegada del ferrocarril a una fría e inhóspita estación; las calles, lluviosas, a oscuras por la escasez de energía; las muy visibles huellas de la guerra produjeron en aquel joven que hacía su primer viaje importante al extranjero una impresión imborrable. Aunque Zubiri nunca había tenido dificultades económicas apreciables, tuvo que acostumbrarse a los escasos recursos disponibles y dejar de lado su hábito de un régimen dietético muy peculiar. Una anécdota sin trascendencia deja ver la sensibilidad hacia estas pequeñas privaciones:

«Allí [en Lovaina] padeció las restricciones de la postguerra: la consigna era la misma que en Francia: 'no desperdicie ni una miga de pan'; por café le daban una negra agua caliente, infusión de ortigas tostadas era, y así se lo confesó su patrona el día de su regreso a España. El café era imprescindible para X[avier] y aquella infusión le tenía espantado»<sup>30</sup>.

30 C. Castro, *Biografía de Xavier Zubiri*, p. 72.



El breve período de estancia en Lovaina —en conjunto, un año, con una larga ausencia intermedia— fue para Zubiri tan fructífero como movido<sup>31</sup>. Según los planes de estudio entonces vigentes, la carrera completa de filosofía en Lovaina comprendía tres años, divididos en seis semestres. La aprobación del primer año daba acceso al grado de bachiller. El segundo año era el de la licenciatura, título que requería, además de la aprobación de las asignaturas correspondientes, un examen general y «una disertación manuscrita sobre un tema filosófico elegido por el candidato»<sup>32</sup>. Cuando Zubiri llegó a Lovaina, el Instituto de Filosofía estaba presidido por Mons. Deploige, aunque Mercier —arzobispo de Malinas y cardenal desde 1906— seguía siendo el presidente honorario y el verdadero inspirador del centro. El profesorado que allí encontró Zubiri componía lo que podría denominarse «segunda generación» de Lovaina, formada en su mayor parte al calor de aquel primer grupo, entusiasta y pionero, reunido en torno a Mercier desde 1882. El año que Zubiri permaneció en Lovaina explicaron sus lecciones y cursos los profesores D. Nys, A. Thierry, M. de Wulf, L. Noël, A.-E. Michotte, N. Balthasar, A. Mansion y P. Harmignie.

En Lovaina estaban contemplados dos tipos de alumnos. Los ordinarios debían seguir completo el *curriculum* programado. Había luego una categoría de «alumnos especiales», que podían alcanzar el grado de licenciado durante el primer año, asistiendo al menos a cuatro cursos generales y dos especiales; Zubiri perteneció a este último grupo, lo cual significa que al menos debía ser «bachiller» en Teología; ahora bien, el Seminario de Madrid no tenía capacidad para otorgar grados académicos, lo cual significa que quizás existía algún concierto con otro Seminario con esa capacidad (previsiblemente sería Toledo, por su cercanía geográfica) o quizá los alumnos podían realizar ese examen de grado en algún otro centro. Lo cierto es que Zubiri entró en Lovaina como «alumno especial» por disponer de una titulación previa en Teología que lo capacitaba para ello y siguió el programa previsto en esos casos<sup>33</sup>. Era el propio estudiante el que proponía los cursos de su interés mediante una carta dirigida al Con-

31 G. Marquínez Argote, *Sobre filosofía española y latinoamericana*, pp. 253-257, ha estudiado minuciosamente este momento. En lo que sigue, me limito a inspirarme en sus investigaciones.

32 «L'épreuve pour l'obtention du grade de licencié en philosophie consiste en un examen sur les matières des cours de la seconde année»: *Statuts*, art. 16. En nota, añade: «Par décision du Conseil, l'épreuve pour l'obtention du grade de licencié comprend en outre une dissertation manuscrite sur un sujet philosophique au choix du récipiendaire».

33 Así lo contemplaba el art. 18 de los *Estatutos*: «Les étudiants qui sont porteurs d'un diplôme de bachelier en théologie ou de docteur en droit, en sciences politiques et sociales, en médecine, en philosophie et lettres ou en sciences naturelles, peuvent obtenir le grade de licencié en philosophie, moyennant un examen sur les matières d'au moins quatre cours de philosophie, à déterminer par le Conseil de l'Institut pour les différentes catégories de récipiendaires».

sejo del Instituto; éste aceptaba el plan propuesto por el candidato o, eventualmente, sugería modificaciones. Aunque no conocemos la carta de Zubiri, sabemos por el acta de exámenes los cursos que eligió: cursó con D. Nys *Cuestiones especiales de Cosmología: las nociones de tiempo y espacio*; con L. Noël, *Introducción a la Filosofía; Psicología y Lógica*; con M. de Wulf, *Historia de la Filosofía* (2.<sup>a</sup> parte); con A.-E. Michotte, *Psicología de los sentidos y Psicología fisiológica* <sup>34</sup>.

No nos constan, en cambio, en el acta de los exámenes, los dos «cursos especiales» que, según los *Estatutos*, Zubiri debió frecuentar. Sin embargo, puesto que todos los biógrafos enumeran entre sus profesores de matemáticas de J. C. De la Vallée Poussin <sup>35</sup> y como presumiblemente esta información procede del propio Zubiri, cabe deducir que uno de esos cursos especiales fue el que en el programa de 1920-21 aparece como *La metodología matemática* a cargo de La Vallée Poussin, a pesar de que en el referido programa ese curso está colocado para los alumnos ordinarios dentro del curso de Doctorado. Exactamente por el mismo razonamiento hay que deducir que el segundo de estos «cursos especiales» fue el de A. Noyons, *La anatomía y la fisiología generales*; pero, además, debió seguir algunos estudios con el también biólogo Van Gehuchten, aunque en este caso en el referido programa no aparece anunciado en el Instituto Superior de Filosofía ningún curso de este último profesor, si bien pueden haber existido alteraciones sobre lo inicialmente programado o Zubiri pudo seguirlo por libre fuera del marco del Instituto. De sus profesores en Lovaina, Zubiri estableció un contacto más amplio y estrecho con L. Noël, como habrá ocasión de ver. Pero es interesante destacar también a una personalidad relevante en psicología como es A.-E. Michotte, lo mismo que al afamado medievalista M. de Wulff, aunque posiblemente sea la parte correspondiente a la Edad Moderna la que Zubiri cursó con el conocido historiador de la filosofía. Hoy sorprende un poco que no haya aprovechado la enseñanza de un reconocido especialista en Aristóteles como es A. Mansion; pero este mismo hecho manifiesta que entonces Zubiri no tenía especial interés por los filósofos griegos y, por otra parte, sus conocimientos del griego eran tan rudimentarios en aquella época que posiblemente no le equipaban para sacar provecho de ese tipo de estudios.

34 La programación detallada del curso 1920-21 puede encontrarse en *Revue Néo-scholastique de la Philosophie* 22 (1920). Allí figura entre los conferenciantes previstos J. Zaragüeta, con el tema *Théorie et pratique dans la vie de l'esprit*. ¿Quizá Zaragüeta no pudo acudir y fue reemplazado por un conferencianta del propio Zubiri, entonces ya en posesión de su flamante título de Doctor en Teología? ¿Fue de nuevo Zaragüeta quien sugirió tal posibilidad?

35 Así aparece ya en la breve nota biográfica con la que se abre el *Homenaje a Xavier Zubiri*, de 1953 (pp. 9-10), cuyo autor, probablemente directo, puede ser el propio Zubiri; a partir de ahí, estos datos han sido copiados con algunos errores por la mayor parte de los tratadistas.

Esta estancia en Lovaina sufrió dos interrupciones. De la primera queda una memoria poco precisa, por lo que transcribo el relato más completo que conozco:

«En la primavera de 1920 —si mi memoria no falla— viajó X[avier] por Alemania. Iba a Leipzig, donde todavía alcanzó a ver al fundador de la Psicología experimental, W. Wundt, ya viejo —moriría aquel verano—. Visitó su Instituto de Psicología, modelo de cuantos se hicieron por entonces en Europa, América y Japón.

Aquella su primera entrada en Alemania fue absolutamente filosófica. ‘Viaje de estudios’, rezaba su pasaporte. Pero el policía de frontera no se fió de su visado. Se lo llevó a un despacho, y le hizo un interrogatorio kantiano, que resultó satisfactorio. Diálogo al parecer sorprendente para ambos: inesperado para cada uno de ellos el saber acerca de Kant manifestado por el otro. Era el tiempo de la caída del marco, y los librereros, que necesitaban vender libros para comer, casi los regalaban. Lo cual era dramático. En los restaurantes, los platos subían de precio a medida que en la Bolsa iba bajando el marco de media en media hora. Hubo una huelga de trenes. El alemán de X[avier], apto para hablar de Kant, o hablar con Wundt, falló en la estación: quería preguntar si al día siguiente saldría un tren para Bélgica, y preguntó si había salido ayer. Razón por la cual se quedó en tierra durante un par de días. Tiempo en que también le robaron el pasaporte... pero su maletón de libros ni se perdió ni pasó hambre, llegó felizmente a su destino. Y esto, y el haber conocido a Wundt y visitado su Laboratorio era lo esencial»<sup>36</sup>.

Los no muy precisos datos aluden al hecho indudable de la visita de Zubiri a Wundt; en efecto, tuvo que tener lugar hacia la fecha indicada, puesto que Wundt falleció el 31 de agosto de 1920. ¿No habrá aprovechado Zubiri las vacaciones escolares de Pascua para este viaje? Es la explicación más coherente que se me ocurre, puesto que no hay rastro de ninguna ausencia de Zubiri por estas fechas —el Instituto de Filosofía era muy riguroso en este punto— y la visita a Wundt tuvo lugar sin ninguna duda. De esa visita conservó siempre Zubiri un extraordinario aprecio intelectual por el Padre de la Psicología experimental, aprecio no disminuido por el hecho de que Zubiri no compartió nunca las tesis psicológicas ni filosóficas de Wundt.

Pasadas las largas vacaciones de verano de aquel año, Zubiri no se reincorporó inmediatamente a Lovaina. El Acta del Consejo, correspondiente a la sesión del 6 de octubre de 1920, dice: «El Sr. Zubiri gozará durante el mes de octubre de una ausencia motivada y podrá realizar en febrero el examen

36 C. Castro, *Biografía de Xavier Zubiri*, pp. 74-75.

de bachiller<sup>37</sup>, abonando la mitad de los derechos de inscripción». Ahora, gracias a las investigaciones de G. Marquínez Argote, tal «ausencia motivada» está perfectamente clara.

En la tesis doctoral de Madrid, Zubiri se presenta como «Licenciado en Filosofía por la Universidad de Lovaina y Doctor en Teología por la de Roma». Este doctorado en teología ha provocado multitud de especulaciones sobre la fecha y la universidad concreta que expidió tal título. Zubiri tampoco favoreció en nada la disipación de errores, que existen desde esos mismos años, y la publicación de la tesis en 1923 dice simplemente «Doctor en Teología». Pero el camino seguido por Zubiri no era nada habitual.

En efecto; el motivo de la ausencia de Lovaina, que parece haberse extendido más de lo inicialmente previsto, fue la permanencia en Roma para doctorarse en teología. Pero no se trataba de la habitual lectura de la tesis doctoral, sino de un peculiar examen —presumiblemente sobre el conjunto de la Teología— que daba acceso directo al grado de Doctor. La «universidad de Roma» a la que alude Zubiri es el desconocido Collegium Theologicum Romanae Universitatis, una entidad jurídica, sin verdadera existencia real, que dependía directamente del Vaticano. Desconocemos los caminos por los cuales Zubiri se enteró de la existencia de esta singular vía, pero lo más enigmático es por qué medios Zubiri —un joven seminarista de sólo veintiún años— pudo tener acceso nada menos que al Maestro del Sacro Palazzo y abrir las siempre bien guardadas puertas de las más altas autoridades de la Curia.

El Collegium Theologicum es el heredero del antiguo Studium Urbis, una fundación universitaria medieval de 1303, obra de Bonifacio VIII. Esta fundación medieval perduró con muchos altibajos a lo largo de los siglos y coexistió con otros centros similares en la Ciudad Eterna, el más característico de ello el Colegio Romano, fundado por san Ignacio en 1551, y que con el tiempo se convertiría en la Universidad Gregoriana. La vieja fundación del Studium Urbis se conoce ya desde el siglo XVI como «Università della Sapienza» y su sede estaba en San Ivo, edificios ocupados actualmente por los archivos del Estado italiano. Con la toma de Roma por las tropas de Garibaldi en 1870 cayeron de hecho los Estados Pontificios, lo cual significó la unidad del nuevo Estado italiano. La vieja Sapienza pasó también al Estado y se convirtió en la conocida «Università degli Studi di Roma», una universidad laica y estatal, de la que desaparecieron los estudios de Teología. Como es sabido, el papa Pío IX se negó siempre a reconocer *de jure* estos hechos y durante más de medio siglo se mantuvo una total disociación entre la situación de hecho y el estatuto jurídico, algo que sólo se resolvió en 1929 con la firma de los Pactos de Letrán.

37 Es un error por «licenciado».

Una de las consecuencias de estos hechos fue el intento por parte del Vaticano de mantener una especie de «universidad paralela», con derecho a otorgar los títulos en teología propios de la vieja Sapienza, a pesar de que por esas fechas existían en Roma varias instituciones universitarias capacitadas para otorgar títulos similares. Esto era el Collegium Theologicum que, de hecho, no pasó de ser una ficción jurídica sin infraestructura académica ni administrativa. Por ello, sólo actuaba esporádicamente y para cada caso concreto se nombraba el tribunal oportuno, se hacía el examen y se expedía el título. Parece que, aprovechando el paso de la comitiva del papa, Zubiri se acercó al Maestro del Sacro Palazzo, el cardenal Lepidi, que era el presidente del Colegio Teológico, le expresó sus circunstancias y deseos, que fueron muy bien acogidos. Las circunstancias del examen que se celebró más tarde quedan recogidas así en el recuerdo de su esposa:

«Pero los días corren, su permiso universitario se le está agotando casi, y no hay respuesta a su solicitud. Está absolutamente desesperado cuando un lego de la residencia religiosa en que se hospeda sugiere la solución: Su Santidad celebrada al día siguiente en la Capilla Sixtina. En el séquito papal de Benedicto XV —el creador del Instituto de estudios Orientales— ha de ir el Maestro del Sacro Palacio, y Presidente de los Colegios Teológicos, Fray Alberto Lepidi, O. P., gran teólogo, que ha enseñado en Francia y en Bélgica. El hermano lego sugiere a X[avier] que como abulta muy poco —está flaquísimo entonces— se ponga un alba sobre una sotana, vestimenta que le van a prestar dado que él todavía no se ha ordenado de subdiácono —lo hará el 18 de diciembre de este año— en Bruselas. Que entre X[avier] como pueda en la Sixtina, se acerque a Monseñor fray Lepidi, y le haga su petición. El éxito se asegura de antemano. Y todo sucede como estaba previsto. El Maestro del Sacro Palacio al que X[avier] se acerca con facilidad, le habla en voz tan baja como entusiasta al saber que viene de Lovaina. Le harán Doctor prontísimo. Y le hicieron Doctor en Teología dos días más tarde: 11 de noviembre de 1920 —segundo aniversario del Armisticio de 1918—, fecha de la paz siempre señalada por X[avier], todos los años.

El examen será bueno. El tribunal es muy serio, compuesto por excelentes teólogos, presidido por uno de ellos que además es cardenal. Las preguntas no son fáciles, pero X[avier] va respondiendo a su estilo, con chispazos. El *spagnoletto*, comentan los examinadores en voz que le llega a X[avier], es *molto sottile*. Y llega el ejercicio final, consistente en abrir la Biblia al azar, traducir el texto de esas páginas a la correspondiente lengua vernácula, y comentarlo. El *spagnoletto* dice que su lengua vernácula es el euskera... Los jueces se interrogan entre sí. Ninguno de ellos sabe euskera, y todos ríen de buena gana. El doctorando puede retirarse ya. Les ha satisfecho la prueba que ha dado de su saber, sólo le pide Fray Alberto Lepidi que 'sea siempre hijo sumiso de la Iglesia'. X[avier] lo ha sido. Dramáticamente, a veces

—Juramento anti-modernista, etc.—. Le confieren el grado doctoral y le invisten con los atributos de Doctor: el anillo con piedra, birrete con borla blanca... El contento que le causó este Doctorado lo equiparaba X[avier] sesenta años más tarde con el contento que le causó su D.H.C., conferido por la Universidad de Deusto —octubre 1980—<sup>38</sup>.

El citado examen debió tener lugar el 9 de noviembre de 1920. El título de Doctor (*Laurea in Facultate Theologica*) aparece expedido por el *Collegium Theologicum Romae Studiorum Universitatis*; tiene fecha del 11 de noviembre y está firmado por el *Praeses Collegii Theologici*, F. Albertus Lepidi, O. P., y el *Secretario (Eiusdem Collegii Scriba ab Actis)*, Fr. Franciscus Dal'Olio, Ord. Min. Como es lógico, antes había prestado Zubiri el juramento antimodernista, prescrito como obligatorio para todos los graduados en Teología por Pío X desde 1910.

El dominico Alberto Lepidi (1838-1922) fue una importante personalidad en la restauración del tomismo; regente de estudios en la provincia dominicana de Lyon y Lovaina, fue un precursor en Bélgica de la obra del cardenal Mercier. Importante teólogo y filósofo, su obra más destacada en filosofía fue *Elementa philosophiae christianae* (1877-1879), en tres volúmenes, fruto de su etapa de enseñanza de Bélgica; se trata de un manual que dedica especial atención a la filosofía de la naturaleza y a la metafísica, con lo cual la relación con la posterior obra de Mercier se hace aún más estrecha. Desde 1885 hasta su muerte fue Maestro del Sacro Palazzo, algo así como el teólogo de confianza del Papa.

El programa superado por Zubiri debió versar sobre el conjunto de la Teología. Pero a través de los datos anteriores puede vislumbrarse algo más. La propia personalidad del cardenal Lepidi permite afirmar que Zubiri se examinó con éxito de «teología tomista»; también puede pensarse en un tomismo riguroso, nada innovador ni abierto, fuertemente asentado sobre el principio de la tradición y la autoridad, precisamente la línea «romana» de la neoescolástica contra la cual luchaba briosamente la Escuela de Lovaina. De este modo, encontramos al joven Zubiri en dos frentes yuxtapuestos dentro de la llamada renovación escolástica: en teología, un tomismo riguroso y sin concesiones dentro de la línea más estricta marcada por la *Aeterni Patris* y las famosas *XXIV Tesis tomistas*<sup>39</sup>; en filosofía, en cambio, una mentalidad mucho más abierta, que ya

38 C. Castro, *Biografía de Xavier Zubiri*, pp. 73-74.

39 La historia de las «XXIV Tesis Tomistas» podría servir para ilustrar las tensiones entre los distintos grupos de la neoescolástica. El que pareció contundente decreto de la Sagrada Congregación para la Enseñanza Católica, de 27 de julio de 1914, tuvo que ser matizado por una aclaración de la misma Congregación el 25 de febrero de 1916, ya bajo el pontificado de Benedicto XV. Ello

en aquel momento estaba desbordando el marco de la neoescolástica. Esto debió producir en Zubiri una cierta tensión entre ambos saberes; no sería extraño ni tendría porqué crear conflictos de conciencia que Zubiri realizase su examen mostrando sus conocimientos de teología tomista ante un tribunal tomista en el mismo momento en que los fundamentos filosóficos estaban sometidos a revisión. Sería programa de futuro coordinar sus posiciones filosóficas con las teológicas, aunque durante mucho tiempo Zubiri parece haber estado algo cohibido e incluso amedrentado por su temor a salirse de la ortodoxia católica en teología. Pero esto tiene su explicación: la magna y algo indiscriminada condena antimodernista, con sus perfiles mal definidos, metió el miedo en el cuerpo a generaciones de pensadores sinceramente católicos que, sin renunciar a su pensamiento, querían permanecer dentro de la ortodoxia —Zubiri siempre quiso permanecer dentro de la ortodoxia católica—, lo que llevaba a tomar actitudes a la defensiva en una actitud de fuerte autocensura; los sinsabores que rodearon la vida de un católico tan significado como Blondel son suficiente ejemplo de este estado de cosas.

Esto conduce a una pregunta: ¿Por qué Zubiri elige un camino tan poco usual? No era Zubiri el típico coleccionista de títulos, pero es cierto que el título en Teología tenía para él un interés especial. ¿Por qué no eligió un camino más «normal»? En aquella época existían en España múltiples centros, sobre todo Seminarios, con capacidad legal para otorgar títulos en Teología, pero también es cierto que esa proliferación había significado un escaso rigor en las exigencias y había desacreditado el valor de los títulos otorgados. A falta de hechos fehacientes, podemos aventurar alguna hipótesis. La elección de la Universidad Vaticana puede deberse a su dependencia directa de las máximas jerarquías de la Iglesia, lo cual le daba un cierto prestigio; por otra parte, estaba la rapidez que permitía, pues un examen —ciertamente algo duro y no al alcance de todos— evitaba todas las pesadas complicaciones de cursos de doctorado y de elaboración, presentación y lectura de una tesis doctoral; es posible incluso que Zubiri aspirase a ser doctor en Teología sin ser de hecho licenciado, lo cual hoy nos parece una situación totalmente anómala, por mucho que un título de superior rango confiera implícitamente el precedente, pero no sería nada extraño que la carencia de estructuras administrativas de la universidad vaticana permitiese fácilmente estas «anormalidades», lo cual ciertamente tampoco iría en aumento de su prestigio y rigor intelectuales. ¿Por qué esas prisas, si Zubiri no había cumplido aún veintidós años, no le apremiaba ninguna necesidad econó-

no impidió la promulgación al año siguiente del canon 1366 del Código de Derecho Canónico, que obligaba a los profesores de filosofía y teología en centro eclesiásticos: *omnino pertractent ad Angelici Doctoris rationem doctrinam et principia, eaque sancte teneant*.

mica ni tampoco se adivina en el horizonte la presión inmediata de ninguna urgencia en su vida? El modo de actuar en estos años muestra a un Zubiri que se sentía muy capacitado intelectualmente, para el cual los formalismos académicos eran sólo fastidiosos trámites dilatorios. Da la impresión de querer dejar de lado cuanto antes esas exigencias formales para poder planear con total libertad su propia vida dentro de esa independencia mental en que fue educado y al margen de las exigencias de los programas académicos. En este sentido, la existencia de la Universidad vaticana, carente de infraestructuras burocráticas, debió de presentársele como el camino ideal para sus aspiraciones y así quitarse de encima un formalismo que, sin embargo, era importante para él.

A mediados de noviembre Zubiri regresó a Lovaina con su flamante título de Doctor. Este hecho poco usual le ganó inmediatamente una aureola de prestigio dentro del Instituto de Filosofía, lo cual debió propiciar que Zubiri, que ni siquiera era licenciado en Filosofía, fuese invitado a pronunciar la que es su primera conferencia en público, de la que sólo se nos conserva su título, que remite a un tema algo extraño en la trayectoria de Zubiri: «La idea de Cultura y el Derecho en el pensamiento alemán contemporáneo». Fue esto lo que propició que Zubiri dejase un especial recuerdo en Lovaina, recuerdo que permaneció vivo durante bastantes años, a pesar de que sólo permaneció en el centro un año y abandonará la Universidad antes de lo inicialmente previsto.

En estos meses Zubiri preparó sus exámenes y redactó su memoria de licenciatura. Decimos «redactó», porque debe ser resultado de amplios estudios anteriores, quizá puestos a punto en las vacaciones de verano de 1920, verano sólo interrumpido por un breve viaje a Francia, acompañado por su amigo Eugenio Imaz, en el cual tuvieron ocasión de conocer a Bergson, en aquel momento la gran lumbrera de la filosofía francesa y la más popular. La memoria de licenciatura lleva por título *Le problème de l'objectivité d'après Ed. Husserl. I: La logique pure*; algunas rigideces en la construcción sintáctica y la reiteración de erratas mecanográficas llevan a pensar que fue Zubiri mismo quien la redactó y mecanografió directamente en francés. Pero este primer escrito filosófico importante era, como da a entender el propio título, sólo una parte de un tema más amplio, concebido desde el principio como una unidad. Así se muestra de modo inequívoco dentro del trabajo, al exponer la articulación del tema:

«Para estudiar estas ideas de una manera sistemática, vamos a dividir el trabajo en tres partes:

- I. El punto de partida de las ideas de Husserl.
- II. La idea de una reforma de la lógica.
- III. La idea de la objetividad pura.



En esta tesis de Licenciatura me limito a estudiar los dos primeros puntos, dejando para la tesis de doctorado el estudio del tercero»<sup>40</sup>.

Los acontecimientos que luego veremos me llevan a la convicción de que estas líneas son algo más que el simple enunciado de un vago programa teórico. Zubiri tiene articulado ya el conjunto del proyecto y debe incluso de tenerlo redactado, por lo menos en sus desarrollos fundamentales. De ese proyecto unitario separó entonces las dos primeras partes que, aún siendo interesantes dentro del contexto mental de la época, tienen un marcado carácter introductorio frente a la decisiva cuestión enunciada en tercer lugar. Esta convicción se reafirma por algunas características redaccionales de estos trabajos que muestran un cierto grado de inmadurez y apresuramiento, así como síntomas de inexperiencia en este campo: redacción frecuentemente muy dura, apelotonamiento de ideas con escaso ritmo expositivo, afán de abarcar muchas cosas, prurito de estar al día, etc.

El 24 de febrero de 1921 Zubiri supera brillantemente en Lovaina los exámenes de las materias cursadas que él había elegido. En el tribunal, presidido por Mons. Deploige, estaban todos los profesores del Instituto. «M. Zubiri Apalategui, Joseph Xavier, de Saint Sebastien (Espagne)» aparece en el último lugar de una lista de siete candidatos (cuatro para el bachiller y tres para la licenciatura). Debió de ser el último en examinarse, sin duda por respeto a un riguroso orden alfabético. Después de la correspondiente deliberación del tribunal a puerta cerrada, Zubiri aparece aprobado con la máxima calificación (*M. Zubiri Apalategui a subi l'examen avec grande distinction*) y es proclamado «licenciado en filosofía».

Casi inmediatamente después, Zubiri va a abandonar definitivamente Lovaina, aunque no parece que éste fuese su proyecto inicial. En efecto; el Consejo del Instituto responde, en su sesión del 10 de marzo, a una solicitud de Zubiri en la que éste pide una nueva dispensa de los preceptivos cursos de doctorado, siéndonos desconocidas las razones que adujo para tal petición. El texto de la correspondiente Acta es claro:

«Como respuesta a una petición de dispensa de la frecuentación de cursos [de Doctorado], presentada por el Sr. Zubiri Apalategui, el Consejo declara que no está en su poder la concesión de semejante dispensa; el secretario notificará esta decisión al interesado».

La concisión de esta respuesta plantea algunos interrogantes, que también han suscitado distintas interpretaciones. Por una parte, el artículo 18 de los

40 X. Zubiri, *Primeros escritos*, p. 11.

*Estatutos* entonces vigentes, por el que se regía el caso de Zubiri, muestra una redacción algo ambigua:

«El grado de doctor en filosofía no podrá conferirse a estos licenciados si no es después de: a) un examen sobre las materias de los cursos generales restantes de los tres años; b) una disertación manuscrita».

¿Cómo entender «los cursos generales restantes de los tres años»? Parece inverosímil que se pidiese al candidato examen de todos y cada uno de los «cursos generales» del *currículum*, excepto los que él ya hubiese elegido cursar, pues esto significaba —según el programa de 1920-21— más de una veintena de materias y no tiene mucho sentido enviar a un doctorando como alumno de materias del primer año. Quizá se trataba más bien de un examen de conjunto sobre un programa *ad hoc* que, en todo caso, exigía al candidato permanecer un año más en el Instituto y, por tanto, que entre su licenciatura y doctorado mediase al menos un año; pienso que aquí reside el nudo de la cuestión. No puede calificarse de insensata esta exigencia, incluso por el propio prestigio del título de Doctor. Pero probablemente esto es lo que Zubiri, que tan poco ha asimilado las formalidades académicas, no entendía y se sentía predispuesto a pensar que los programas debían adaptarse a sus peculiaridades individuales. No parece que Zubiri hubiese solicitado otra cosa que poder realizar de modo inmediato —entiendo que en junio, final del segundo semestre— los exámenes exigidos; pero el Consejo debió de entender que eso iba contra el espíritu de los *Estatutos* al pasar por alto el mínimo lapso de tiempo contemplado y eso tenía que respetarse incluso en el caso de un alumno excepcionalmente dotado. Vista desde fuera, esta interpretación no puede calificarse como incorrecta y no se percibe en ella ningún tipo de animosidad hacia Zubiri, sino más bien la impotencia del Consejo por su falta de competencia ante una situación excepcional. No puede, pues, considerarse desmesurada la exigencia que quedaba planteada.

Lo cierto, sin embargo, es que esto provoca el abandono inmediato de Lovaina por parte de Zubiri. ¿Se trata, una vez más, de una prisa que le quemaba, probablemente porque su tesis doctoral ya estaba de hecho terminada? Así lo insinúa alguien<sup>41</sup>, pero tengo dudas de si esto fue algo más que un pretexto oportuno; otras veces se habla de la «sinrazón» de uno de los profesores<sup>42</sup>, quejoso de las faltas de asistencia a clase, pero, si esto pudo existir, no parece más que una anécdota intrascendente, que tampoco concuerda bien con el propósito inicial de realizar allí su doctorado. Quizás existe una cuestión mucho más de fondo.

41 G. Marquínez Argote, *Sobre filosofía española y latinoamericana*, p. 257.

42 C. Castro, *Biografía de Xavier Zubiri*, pp. 72-73.

Parece que la brillante carrera y la valía intelectual demostrada por Zubiri le mereció la clara insinuación de continuar en el Instituto para formar parte en el futuro de su profesorado, algo que no sólo pasaba por alcanzar el doctorado, sino que debería terminar normalmente con el título de «*Maître agrégé à l'École Saint-Thomas*», el máximo título que otorga el Instituto —algo similar a lo que en la universidad alemana es la «habilitación»— y que, dadas sus altas exigencias, se confiere en contadas ocasiones. Pero esto le planteó a Zubiri un problema ideológico, pues se sentía cada vez más alejado de la neoescolástica e incluso una línea abierta como la de Lovaina se avenía mal con su propio pensamiento. Por otra parte, en ese momento la Escuela de Lovaina estaba en el punto de mira de incessantes críticas por parte de otras direcciones más conservadoras dentro de la neoescolástica, críticas a las que se veían obligados a salir al paso no sin duros contraataques a los «tomistas de estricta observancia», «de derechas» e «integristas»<sup>43</sup>; al mismo tiempo, quedaba afectada por las críticas sumarias y rotundas de otras direcciones contra toda neoescolástica en general y se hacía muy difícil el programa de Lovaina buscando una filosofía de inspiración neoescolástica que pudiese competir en pie de igualdad con las restantes filosofías coetáneas.

Zubiri pudo vislumbrar un ambiente tenso e inquieto en el caso de su propio director de la memoria de licenciatura, el prof. L. Noël. Noël era un viejo conocedor de Husserl y una poderosa personalidad filosófica, colocado en el ojo del huracán al tener a su cargo la materia de «Crítica», rompeolas en que desembocaban de una u otra manera todas las disputas. Fue el propio Noël, según me contaba una vez Zubiri, quien le prestó su ejemplar personal de la segunda parte del segundo tomo de *Investigaciones lógicas* (el que contiene la VI Investigación), un libro entonces difícilmente accesible pues, agotada mucho tiempo antes la primera edición, Husserl no se decidía a reeditararlo a la espera de una profunda refundición teórica, que finalmente no llegó nunca. León Noël (1878-1955) se había formado en Lovaina bajo la supervisión de Mercier y fue el primero que alcanzó el título de *Maître agrégé à l'École Saint Thomas* en 1899. Nombrado profesor agregado en el Instituto de Filosofía en 1905, substituyó a Mercier en la cátedra de «Crítica» cuando éste fue nombrado cardinal ese mismo año. En 1911 alcanzó el grado de profesor ordinario, sucedió en 1927 a Mons. Deploige en la presidencia del Instituto, cargo que ocupó hasta 1948, en que le sucedió L. de Raeymaeker. Desde 1929 hasta su muerte, dirigió la *Revue Néo-scholastique de Philosophie*, que en 1946 cambió su título inicial por el actual de *Revue philosophique de Louvain*, a la que desde 1949 acompaña el archiconocido *Répertoire bibliographique de la Philosophie*, editado por Lovaina en nombre del Instituto Internacional de Filosofía.

43 Estos duros términos son todos de F. van Steenberghen.

Pronto se vio envuelto Noël en una situación personal embarazosa, a pesar del envidiable ambiente de libertad intelectual que siempre le rodeó. Noël discrepaba abiertamente de la postura filosófica defendida por su amigo y mentor Mercier en un punto siempre conflictivo dentro de las filosofías neoescolásticas. Sin entrar ahora en detalles, diremos que Mercier adoptó el término *Criteriología*<sup>44</sup> y esta misma elección significa una apuesta por un planteamiento de clara inspiración cartesiana, en la que la cuestión de la certeza y sus criterios ocupa el lugar central, por cierto en medio de una notable indefinición teórica de la disciplina, pues Mercier la entendía aún como una parte de la Psicología. La solución propuesta exigía una «demostración» de la realidad del mundo exterior, para la que se recurría a la validez ontológica del principio de causalidad partiendo de los datos sensibles presentes en la mente. Esta solución, típica del llamado «realismo moderado» —conocido también como *ilacionismo*— quizás está inspirada de modo más directo en Locke que en el propio Descartes y fue muy discutida desde el principio, pues se le reprochaba, no sin razón, que estaba aceptando desde el comienzo la centralidad del sujeto como punto de partida, un planteamiento típicamente «moderno».

Noël, en cambio, utilizó el término más amplio *Epistemología*, que desde entonces se convirtió en habitual en Lovaina. Con el cambio de término, se separaba la «Epistemología» de la Psicología —esto explicará el interés de Noël por Husserl— y se convirtió en crítico decidido de la postura de Mercier, propugnando lo que denominó un «realismo inmediato», que partía del esclarecimiento de unos principios elementales imposibles de «demostrar» por evidentes. Pero esta postura no resultó menos polémica y quizá la elección del término «realismo inmediato» no resultó excesivamente feliz; Noël, escritor prolífico, no sistematizó nunca su pensamiento<sup>45</sup> y rápidamente fue malentendido y acusado de «realismo ingenuo» o «realismo exagerado» por el jesuita italiano G. Zamboni y otros neoescolásticos.

Sospecho que este ambiente de tensiones y polémicas algo caseras no resultaba nada atractivo para Zubiri, interesado en un horizonte filosófico más amplio

44 La obra más importante de Mercier se titula *Critériologie Générale ou Théorie Générale de la Certitude*. Forma parte de un curso completo de Filosofía, publicado por el Instituto, y entre 1884 y 1923 hay ocho ediciones en su lengua original con importantes cambios, examinados minuciosamente por el propio L. Noël, «Le psychologue et le logicien», *Revue Néo-scolastique de Philosophie* 28 (1926) 125-152. A ello habría que añadir las numerosas traducciones a otras lenguas, entre ellas el español.

45 Sus obras más importantes —*Notes d'épistémologie thomiste* (1925) y *Le Réalisme immédiat* (1938)— son artículos coleccionados. Sobre su postura, puede verse amplia información en G. Van Riet, *L'épistémologie thomiste. Recherches sur le problème de la connaissance dans l'école thomiste contemporaine* (Louvain, Institut Supérieur de Philosophie 1946).

como el que había abierto la fenomenología. En una primera aproximación, cabría decir que la constante crítica al pensamiento *moderno* no debería significar necesariamente la justificación de cualquier retorno de componentes premodernos, sino que esa crítica debía abrir más bien a planteamientos nuevos, aunque por el momento esos nuevos caminos estaban llenos de oscuridades. Esto podría explicar la decisión zubiriana de regresar inmediatamente a Madrid y acercarse de nuevo a Ortega con el objetivo de terminar sus estudios universitarios de filosofía. Los que seguían entonces el curso de Ortega constatan entonces (debió de ser a finales de marzo) la aparición en el aula de una cara nueva, cosa no muy extraña porque el trasiego de visitantes y curiosos por la cátedra de Ortega era frecuente:

«Un día vimos aparecer otra cara nueva en el pequeño cenáculo, vestido correctísimamente de negro. A los pocos minutos de comenzar la lección preguntó algo agudísimo y con tal precisión y seguridad que nos sobrecogió. El maestro le respondió con simpatía. Debía conocerle. Luego supimos que el recién llegado había estudiado con provecho la filosofía escolástica y era Doctor en Sagrada Teología por la Universidad de Lovaina. Se llamaba Xavier Zubiri»<sup>46</sup>.

Este pasaje muestra que las confusiones respecto a la titulación de Zubiri, confusiones que le acompañarán durante la mayor parte de su vida, aparecen desde los primeros momentos; pero deja constancia de la vuelta de Zubiri a Madrid y del momento en que se inicia una prolongada amistad con Ortega, amistad basada en un gran respeto mutuo, y que va a durar hasta la muerte de Ortega, sin que sea óbice para ello las notorias discrepancias de sus respectivas filosofías. Zubiri contó a Ortega el proyecto de su tesis doctoral, quizá ya escrita en su totalidad, y Ortega quedó entusiasmado, tan entusiasmado que decidió apadrinarla —no hay materialmente tiempo para que la haya «dirigido» en sentido estricto— y presentarla de modo inmediato.

¿Qué pudo generar este entusiasmo por parte de Ortega ante la obra de un joven casi desconocido y cuya formación intelectual no había supervisado de manera directa? Hay hechos externos dignos de consideración, que hoy tendemos a pasar por alto. El trabajo de Zubiri es *excepcional* respecto a lo que entonces era habitual en las tesis doctorales; en armonía con el escaso reconocimiento social que tenía el título, la tesis doctoral solía consistir en un ejercicio literario breve, con escasa o nula originalidad, sin rigor documental y cuya extensión difícilmente alcanzaba lo que luego fue habitual en las memorias de licenciatura. Para comprobarlo, no hay que rebuscar en polvorientos archivos casos

46 M. Cardenal, «Zubiri en la Central», p. 40.

pintorescos y basta fijarse en algunas figuras consagradas del entorno intelectual en que se moverá Zubiri. La tesis doctoral de Ortega es un breve ensayo sobre el insólito tema de *Los terrores del año mil* (1904), un trabajo que ni siquiera mereció la reedición dentro de sus *Obras completas* y sobre el que un biógrafo tan devoto como J. Marías pasa con su simple mención y sin ninguna alusión a su contenido<sup>47</sup>. Ya en la década siguiente, la tesis doctoral de J. Besteiro es un trabajo escolar sobre *Los juicios sintéticos «a priori» desde el punto de vista lógico*, que no pasa de un resumen de lecturas, cabe en medio centenar de páginas y sería considerada hoy una mediana memoria de licenciatura en cualquier Facultad de Filosofía española. Pero, si damos un salto cronológico, podemos fijarnos aún en la tesis de J. Gaos que, dirigida por Zubiri, fue leída en 1928 y versa sobre *La crítica del psicologismo en Husserl*, tesis documentada ya con mucho más rigor, pero que tampoco sobrepasa en extensión los casos anteriores<sup>48</sup>. Estas referencias explican de manera inmediata la honda impresión que produjo en Madrid la tesis de Zubiri, tesis desusadamente extensa, insólitamente densa y inusualmente madura. Pero no es sólo cuestión de volumen; el tema del juicio era centro de vivos debates en la filosofía de entonces y Ortega debió de captar en el planteamiento de Zubiri una afinidad con la línea de sus propias preocupaciones filosóficas; éste es un punto que habrá de investigarse, pues resulta una hipótesis más sencilla y más verosímil que la tantas veces aducida sin ningún argumento suficiente y que postula una influencia directa de Ortega en la tesis de Zubiri. Pero el entusiasmo de Ortega abría también para Zubiri importantes opciones de futuro, pues lo convertía en posible candidato para entrar en los círculos intelectuales que animaba el filósofo madrileño y para integrarse un día como miembro en el proyecto de renovación de la filosofía en España por el que Ortega y su grupo luchaban buscando todas aquellas personas más o menos afines que pudiesen colaborar de algún modo en aquel proyecto.

El manuscrito de la tesis, titulado finalmente *Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio*, está firmado el 13 de mayo de 1921 y por esas fechas debió ser presentado, pues el 21 del mismo mes fue exitosamente defendida, como recoge el colofón de su publicación posterior:

47 Cf. J. Marías, *Ortega*, I: *Circunstancia y vocación* (Madrid, Rev. de Occidente, 1960), p. 204.

48 E. Tierno Galván, anteponiéndole un prólogo y añadiendo otros materiales, reeditó la tesis de J. Besteiro, *Los juicios sintéticos «a priori» desde el punto de vista lógico* (Madrid, Tecnos, 1977), supongo que más como homenaje a uno de los grandes hombre del socialismo español que por su valor filosófico. La tesis de Gaos está reeditada formando parte del volumen de J. Gaos, *Introducción a la Fenomenología, seguida de La crítica del psicologismo en Husserl* (Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960).

«Verificado el último ejercicio de lectura y discusión de la presente tesis, el día 21 de mayo de 1921, el Tribunal, formado por los señores don Adolfo Bonilla y San Martín, presidente, don José Ortega y Gasset, ponente, don Manuel B. Cossío, don Julián Besteiro, vocales, y don Manuel García Morente, secretario, tuvo a bien otorgarle la calificación de SOBRESALIENTE. Verificado el ejercicio de oposición el 11 de octubre de 1921, el Tribunal le otorgó el PREMIO EXTRAORDINARIO»<sup>49</sup>.

Sólo se me ocurre pensar que la autoridad y el respecto intelectual de que gozaba Ortega sean argumentos capaces de explicar la inusitada celeridad del proceso. Pero con las prisas se dejaron de lado los requisitos exigibles y el supuesto «último ejercicio» no fue tal. Terminada la lectura de la tesis, se percataron de un gravísimo descuido: no podía otorgársele el título de Doctor en Filosofía y Letras al brillante candidato porque previamente no era Licenciado, requisito imprescindible para acceder al grado de Doctor. No es creíble que Zubiri pretendiese con ello engañar a nadie, porque se trataría de un engaño absurdo, sino que su habitual descuido de las formalidades académicas le llevó a pasar por alto que su título de Licenciado en Filosofía de la Universidad Católica de Lovaina no era automáticamente reconocido por la Universidad Central de Madrid y por formalismos menos importantes se crearon y se crean situaciones muy complicadas y hasta injustas. Grave anomalía académica esta que Ortega, al parecer, se encargó de resolver, aunque hubo que esperar para ello a su retorno de un viaje que emprendió inmediatamente.

La salida a esta anómala situación pudo ser, bien la de someter a Zubiri a un examen de conjunto para la convalidación de su título, bien que se sometiese a examen de aquellas materias que no figuraban aprobadas en su expediente académico. Debió ser esta segunda solución la adoptada, pero me parece desmesurado e insólito que a Zubiri se le exigiese examinarse de todas y cada una de las asignaturas que componían los cuatro años de la carrera de Filosofía y Letras<sup>50</sup>, pues habría sido una exigencia desmesurada rayana en la crueldad y tampoco a la Facultad le interesaba que este asunto acabase mal. Ello explica el temor de Zubiri al examen de griego, lengua que luego llegará a dominar con maestría, pero de la que entonces sólo tenía conocimientos rudimentarios. Zubiri contaba que le salvó el hecho de que sus compañeros de examen —entre ellos de modo destacado Antonio Machado— todavía sabían menos y así se salvó una situación incómoda, no sólo para Zubiri, sino también para el propio prestigio de la Facultad.

49 X. Zubiri, *Primeros escritos*, p. 333.

50 Como dice C. Castro, *Biografía de Xavier Zubiri*, p. 76.

De esta manera, a la feliz edad de veintidós años, Zubiri contaba en su haber con dos doctorados y un espléndido futuro intelectual, después de este año decisivo y repleto de acontecimientos, que tuvo que suponer un derroche de laboriosidad y de coraje. A pesar de las imprevistas complicaciones, la tesis de Zubiri en Madrid produjo un duradero impacto, le dio a conocer y le ganó un gran prestigio, abriéndole las puertas de los círculos intelectuales madrileños en los que Zubiri participará activamente.

El 18 de diciembre de 1820 se había ordenado subdiácono en Bruselas. Fue el 28 de agosto cuando se ordenó diácono en San Sebastián. Su ordenación de presbítero tuvo lugar en Pamplona el 22 de septiembre de 1921, con dimisionarias del obispo de Vitoria; para ello, Zubiri había obtenido de Roma una dispensa de quince meses sobre la edad canónica, aduciendo, según parece, su miedo a ser movilizadado para la guerra de Marruecos<sup>51</sup>. Éstos son los datos escuetos que aquí importan y no es el lugar de añadir ningún tipo de comentario —que siempre sería temerario—, pues desde fuera no hay ni un solo indicio de anormalidad en todo ello; lo que luego suceda en 1936 tendrá que ser estudiado en su momento y a su correspondiente altura biográfica.

Su primera misa fue un acto de gran relevancia social con toda la solemnidad habitual; para la ocasión, se confeccionó, como es habitual, una tarjeta de invitación, tarjeta confeccionada en lujosa cartulina de color pastel y escrita a dos tintas con refinados caracteres góticos, cuyo texto era el siguiente:

«José Javier Zubiri Apalategui, Doctor en Sagrada Teología, en Filosofía y Letras y Licenciado en Filosofía por la Universidad de Lovaina, celebrará (D.m.) su Primera misa en la Iglesia Matriz de Santa María, a las diez de la mañana del día 26 del actual, siendo padrinos eclesiásticos el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Zaragüeta, Capellán de honor de S. M., y el R. P. Francisco Apalategui, de la Compañía de Jesús. Ocupará la Sagrada Cátedra el R. P. Vicente Alcorta, S. J. El nuevo Sacerdote y su familia tienen el honor de invitar a usted al acto. San Sebastián, setiembre 1921».

Todo lo que puede decir un observador *externo* del proceso es que Zubiri aparece como una persona entregada en cuerpo y alma a sus estudios y que, además, era sacerdote. No dispongo ni de un solo indicio que lleve a pensar en algún interés por actividades pastorales propias de su ministerio sacerdotal y tampoco parece que haya tenido nunca algún encargo o responsabilidad de este tipo. Mientras fue sacerdote, celebraba la misa regularmente en la madrileña

51 Carece de todo fundamento el reiterado intento por hacer de Zubiri un «jesuita» en la obra de G. Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (Barcelona, Tusquets, 1998), pp. 112, 115, 153, 239, etc.



parroquia de la Concepción y se le fueron concediendo regularmente las licencias ministeriales para celebrar y confesar. Ciertamente, esto por sí solo no significa nada; el clero español estaba muy necesitado de miembros dedicados íntegramente al estudio y así debió entenderlo el obispo de Vitoria, al prescindir de uno de sus sacerdotes y concederle permiso para regresar a Madrid «por razón de estudios»; si el camino que de hecho va a ir tomando Zubiri era o no el que esperaban las jerarquías de un sacerdote en aquel momento, esa es otra cuestión. Lo cierto es que Zubiri regresa a Madrid y allí se instala definitivamente en otoño de 1921, ahora en una luminosa y cómoda pensión de la calle Barquillo.

Esto parece dar a entender que pos estas fechas Zubiri, hombre de amplia curiosidad intelectual y de vastos intereses, ya había decidido hacer de la filosofía la ocupación intelectual de su vida. Ello no significará nunca la exclusión total de atención a muy diversas regiones del saber, pero no es menos cierto que esa atención siempre aparecerá subordinada y en función de sus dominantes intereses filosóficos.

Con ello se cierra una etapa dentro de la vida de Zubiri y se abre otra en la que, liberado ya de las obligaciones académicas, dependerá exclusivamente de sus propias decisiones, lejos ya de la tutela de sus maestros de juventud.

Pero en esta etapa se consolidó también el punto de partida de su pensamiento. Zubiri mostró allí no sólo la asimilación de los múltiples conocimientos adquiridos, sino sobre todo su implantación personal en la filosofía, que va ser decisiva en todo el desarrollo de su obra futura.

ANTONIO PINTOR-RAMOS